



■ Una mujer en la esquina curva del tráfico

El pequeño horror silencioso

Cali, 27 de mayo de 2014

Cali tiene 2341 kilómetros de vías y el tráfico gusanea a poco menos de 20 kilómetros por hora. Acaba de inaugurar en 2013 el túnel urbano más largo del país (980 metros, una cuarta parte del túnel urbano más largo del mundo, en Madrid).

Justo encima del túnel, en la vía que al doblarse convierte la carrera primera en calle quinta, en una curvatura de casi 90 grados, yace ella, una mujer negra de unos 60 años. Junto a ella un envoltorio, un palo que es bastón y ropero, las cubiertas de plástico, y el tráfico que alcanza la curva ruidosamente y sin cesar. Ella duerme y vive allí hace al menos seis meses, acurrucada en un rincón imposible de menos de 30 centímetros de

ancho. Al otro lado, abajo, a la izquierda, está el túnel que algunos recorren alargando la marcha para soñar, por algunos segundos, que cruzan una ciudad en Europa o en Asia desarrolladas. De un lado, el espejismo de la modernización urbana. Acá, la callada vergüenza de nuestras inequidades, encarnada en esta mujer, apenas visible, que nos recuerda que estamos hechos tanto de lo que soñamos a lo lejos, como de lo que ocultamos cerca. En azul: el transporte masivo integrado de occidente. En gris, blanco, amarillo, rojo y negro: el despojo. Allá, la velocidad regulada a 40 km por hora. Acá, la quietud y el resguardo.

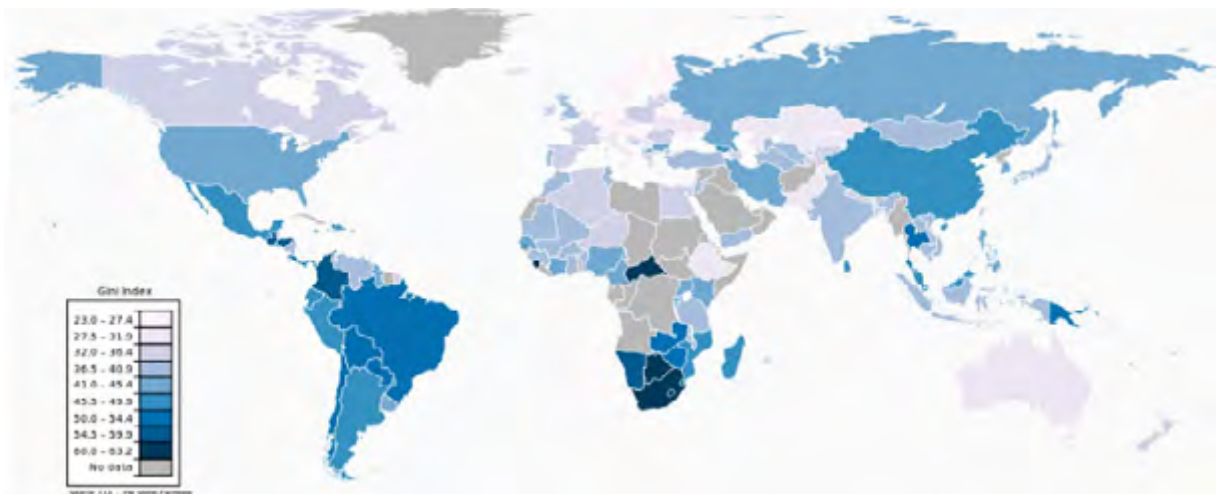


Fotografías por Julián González.

Colombia, 2013, 7 mil dólares per capita. En el mapa esquemático de países (abajo) una distribución de países según su coeficiente de Gini: Colombia, en azul

oscuro, es uno de los de peor distribución de la riqueza.

... La mujer en el borde curvo de la exclusión bien podría llamarse Gina.



Tomado de The CIA-The World Factbook, 2018.



■ Un niño nació desde que vi a Gina por primera vez en la curva del tráfico

Cali, 07 de abril de 2015

Cabe destacar que se ha sacado de la pobreza a cerca de 1,4 millones de colombianos durante el último año. Esto equivale a una reducción de 2,9 puntos porcentuales en el índice de pobreza absoluta. En términos relativos, esta contracción de la pobreza ha sido la segunda más alta de los últimos seis años, pero, aun así, nos deja con un nivel de pobreza absoluta equivalente al 29,3% de la población. De esta forma, en Colombia todavía tenemos 13,9 millones de colombianos que tienen que vivir con ingresos que no superan los \$208.404/persona/mes. Es decir, un hogar típico colombiano de cuatro personas (dos

no adultos) tendría que ganar al menos \$833.616/mes (un 29 % por encima del Salario Mínimo Legal Vigente) para evitar caer en la pobreza absoluta. Colombia también ha logrado avances significativos en la reducción de la llamada «indigencia», situación que ocurre cuando los ingresos tan solo dan para reproducir la fuerza de trabajo. En efecto, la indigencia se redujo en 1,7 punto porcentuales durante el último año, llegando a representar el 8,4 % de la población. Esto implica tener todavía unos 4 millones de colombianos «sobreviviendo» con ingresos que no superan los \$93.312/ persona/mes o,

a nivel de un hogar, con ingresos inferiores a \$373.248 (equivalentes al 58 % de un SML).

Eso más o menos dicen el Gobierno colombiano y el DANE en su último informe (marzo de 2015). Y entonces decido verificarlo. De acuerdo con las cifras, Gina ya no está allí, a la vista de todos, en una de las vías más transitadas de la ciudad de Cali. Gina no lo sabe, pero se supone que las cifras la han salvado.

Han pasado nueve meses exactos desde que la vi por primera vez. A estas alturas, un amorío sabroso del verano

de junio de 2014 debe haber parido un bebé lustroso que ahora se mece en su cunita, y Gina a estas horas, de acuerdo con el DANE, estará resguardada y protegida en..., bueno en un..., quizás en esa..., durmiendo abrigada allá en la..., protegida del aguacero bajo un tech...

En fin, ustedes ya saben la verdad. Hay malas noticias. Saben que las cifras no incluyen a Gina, y Gina, desafiando al pomposo Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), sigue allí, durmiendo en su recodo, en la peligrosa curva del tráfico y el progreso económico.



Cali, abril de 2015, puente que, de la carrera primera conduce a la calle quinta.
Fotografía por Julián González.



■ Gina, 3 años después

Las dos miserias

Cali, Junio 15 de 2017

Habitante de calle es el término técnico que ahora usan cientos de funcionarios públicos en Colombia para designar a aquellos que antes llamábamos *habitantes de la calle*. *Habitantes de la calle* era otro término técnico para hablar de *personas en condición de pobreza extrema*, que a su vez era eufemismo de *indigente* (del latín «*in*», ‘no’, y «*digerere*», ‘disponer’), esto es aquel que no dispone de lo necesario para vivir.

Gina es una mujer indigente y vive en la miseria. Duerme cada noche en el filo del puente vehicular que transforma la avenida primera en calle quinta, Cali. Durante el día recorre la ciudad con su carga a cuestas: varias capas de ropa

encima y un envoltorio, que es su cobija y su techo. En la noche, regresa a su rincón.

La primera vez que la vi dormir en ese trecho imposible (menos de 30 centímetros de ancho), fue en mayo de 2014. Tres años después sigue pasando las noches allí, incluso mientras se desgranaban los diluvios de abril y mayo. En ocasiones, improvisa un techo de plástico templando una bolsa grande y transparente desde la segunda o tercera verja del puente. La he visto caminar hacia su hogarcito tarde en la noche, a la una o dos de la madrugada, cuando el tráfico vehicular cae a uno o dos autos cada 10 o 15 minutos. No se levanta



Gina al fondo, a la derecha del puente.
Cali, 16 de mayo de 2017.



Gina, apenas cubierta por dos metros cuadrados de
plástico transparente.
Cali, 16 de mayo de 2017.



Gina duerme a la vera de la calle.
16 de mayo de 2017, 7.14 A. M., martes.
Fotografías por Julián González.

antes de las 7 de la mañana, a pesar de que el río de carros comienza a rugir temprano, hacia las 5 o 6.

Pero Gina no es solo la indignancia del miserable, sino la miseria del que mira y escribe sobre ella. El reverso de la miseria invisible del indigente es la impotencia del que la ve y, a lo sumo, reporta o denuncia la situación con algo de urgencia y genuino dolor.

Urgino ve a Gina desde la ventana de su auto en movimiento o de reojo mientras camina la calle, y se libera de culpas señalando el horror. Suspira para sus adentros: «quisiera, pero no puedo traerla a mi casa. Mis ingresos no me permitirían sostenerla. No soy yo quien puede resolver la situación de Gina. A lo sumo, podría darle algo por unos días, unos meses, unos años, pero jamás será suficiente. ¿Y qué con los cientos de miles de Ginas de la ciudad?»

Más o menos ese es el razonamiento de Urgino, la expresión de impotencia del bienintencionado ciudadano de capas medias, la ecuación que sintetiza su suave retirada. Este repliegue de la solidaridad es persistentemente alimentado por el sálvese quien pueda de quienes sobreviven a las borrascas del día a día. Pero no se trata solo de una retirada culposa. El impotente Urgino reconoce turbiamente en Gina el rostro de su propio horror. Sabe que no hay nada en Gina que lo distinga de lo que bien pudo ser su propio destino. El dominio que Gina tiene sobre las circunstancias que la forjaron no es sustancialmente mayor que el dominio que Urgino tiene sobre las circunstancias que lo han moldeado. Y los vientos pueden cambiar de repente. Una costosa enfermedad que acaba con los ahorros. Un secuestro

impagable. Un terremoto. Una crisis económica nacional que liquida los sueños y proyectos de muchos. Un accidente de tránsito que arruina. La quiebra de la institución en que trabaja. Una estafa o un robo. Una mala inversión.

En fin.

Sabe que Gina bien pudo ser, en virtud de una red capilar de infinitas circunstancias, una profesora universitaria, y Urgino, el mendicante a quien Gina observa con afectado pesar. ¿Cuáles circunstancias? El profesor que alentó sus estudios y desalentó los de Gina. El recibo de inscripción que nunca llegó. El 2,9 que alguien redondeó a 3,0 en sus calificaciones finales. El burócrata que aprobó el préstamo para la casa familiar. Aquel funcionario que se negó a atender la audiencia. La bisabuela que no quiso ceder los derechos sobre la escritura y murió asesinada por ello. El despojo o el desplazamiento de 1948, que antecedió al de 2001. La inexplicable muerte del primer hijo, lo que desquició a unos y aplomó a otros. La reducción de presupuesto para el hospital local en el que malnacería un niño cuya defecto congénito terminaría por ahogar las precarias finanzas de una familia. La relación amorosa que no cuajó. Circunstancias, cientos de capas y capas de circunstancias que moldean vidas aquí y allá creando Ginas y Urginos por doquier.

Vulnerables a las circunstancias, terminamos por naturalizarlas llamándolas destino, cuando realmente no son más que la acerada medida de las miserias del mundo. Ninguna vida debería arruinarse por ellas como no se arruinan hoy las familias escandinavas cuando la madre pierde el empleo, ni se derrumba la vida de un colombiano porque la

iglesia lo excomulga, ni se fractura para siempre el destino de una mujer casada cuando se descubre su tórrido romance secreto, ni se condena al infierno y para siempre a la adolescente que se sabe homosexual... Apenas hace algunas décadas eso era suficiente para el destierro. Hoy pueden ser fuente de sufrimiento, pero no de expulsión. En Holanda, una funcionaria acaba de asignar 3 millones de euros del erario público para financiar los implantes mamarios de las personas transgénero insatisfechas con la apariencia de sus cuerpos. Lo que ayer era tragedia hoy es oportunidad y elección gracias a las redes de protección institucional que abrigan a la persona transgénero. Al menos en Holanda.

Llamamos *destino, mala suerte, pobreza, cosas de la vida o ay qué vaina*, a la ausencia de redes de protección institucional y de soporte vital que nos acojan cuando se presentan estas circunstancias adversas. Sin soportes, todos —incluido Urgino—, experimentamos toda suerte de desazones e impotencias.

Urgino piensa: «no tenemos la vida asegurada y nuestra posición en la estructura social no es firme ni estable. Podemos resbalar y caer al precipicio en cualquier momento». Y la instrumentalización rutinaria de la inseguridad, del miedo y de la incertidumbre laboral, social, económica le permite a amplios sectores de la economía alentar sus negocios. Por ejemplo, el miedo a perder la salud alimenta la costosa inversión en medicina prepagada. En 2016, las aseguradoras colombianas agrupadas en Fasecolda emitieron 9,2 billones de pesos en primas y pólizas. Es como si cada colombiano entregara 15 mil pesos mensuales para asegurarse un poco el

destino. El 45 % de esos 9,2 billones se usa para resguardar cosas y bienes, el 28 % para asegurar a las personas y el 25 % para seguridad social (riesgos laborales, seguro de desempleo, salud...) y son los Urginos los que más hacen inversión *per cápita* en seguridad, y lo hacen porque ven en Gina su propio reflejo fantasmal como una espada de Damocles. Una amenaza latente.

Por supuesto, los recursos disponibles para ser Gina o Urgino no están equitativamente distribuidos en Colombia, y en sociedades tan profundamente desiguales como la nuestra, es más probable ser Gina que Urgino. Colombia tiene uno de los peores índices Gini, en un continente con la peor distribución de la riqueza del planeta. Cuando provienes de una barriada popular, asistes a un sistema escolar precarizado y tu familia trabaja en empleos mal remunerados e inestables, la excepción es engendrar Urginos, y siempre se está en riesgo de convertirse en Gina. Por supuesto, habrá algunas Ginas que se transforman en Georges Soros y algunos Urginos que derivan en Steve Jobs, pero son tan

pocos y tan extraños estos casos que terminan mojando prensa y alentando la idea de que con empeño individual y suficiente persistencia nos salvamos. La literatura de superación personal y de emprendimiento empresarial es rica en este tipo de anécdotas celebratorias. Pero fomentar el esfuerzo individual y el empeño personal a pesar de que todo corre en contra es como animar a un náufrago a cruzar a nado y río arriba el Orinoco mientras uno navega confortablemente en lancha a motor. Las historias de prensa narrando la ruina y caída en desgracia de un poderoso como Dominique Gaston André Strauss-Kahn o el fulgurante ascenso de un habitante de las barriadas como Oprah Winfrey no son más que notas al margen para salpimentar la ancha y tenebrosa devastación real e imaginada de millones de personas.

...Y ahí va Urgino, conduciendo su auto asegurado, poliza todo riesgo, mientras Gina se levanta a las 7.40 de la mañana y comienza deambular por la ciudad arrastrando como pueda las miserias culposas de Urgino y la suyas propias.



■ ¿Cómo encarar la abundancia?

**Solo en mi pequeña biblioteca hay 2.500 libros:
cerca de medio millón de páginas**

Cali, 5 de junio de 2014

En casi tres años podría leer toda mi biblioteca, trabajando con disciplina en jornadas de 8 horas. En tres años y siguiendo la misma pauta, no podría leer ni una centésima parte de la documentación disponible en internet sobre *videojuegos* y *comportamiento corporal*, un tema que me interesa mucho. En castellano, Google arroja 4,5 millones de entradas sobre el tema, y 35 millones en inglés. ¿Y qué de toda la música que desearía escuchar? ¿Y los filmes, videos, películas por ver? ¿Y los videojuegos por probar? ¿Y las personas por conocer?

Cada día millones de *milenautas*, los impacientes recién llegados al segundo

milenio, experimentan con mayor intensidad esta desazón, este *estado de desbordamiento*, que se manifiesta como angustiada conciencia de que hoy hay más de lo que podemos abarcar en una vida. También en el pasado reciente este estado de desbordamiento podía emerger, pero a diferencia de ayer, en la actualidad esta percepción se ha acentuado debido a que viene acompañada de creciente de *disponibilidad* efectiva. Hace algunas décadas se podía acceder a un inabarcable volumen de libros. Ya, recién pasado medio siglo de desarrollo de la imprenta Gutenberg, hacia 1500, se hablaba de exceso de libros y

publicaciones. Hace apenas 100 años muchas personas experimentaban una suerte de cosmopolitismo de nuevo cuño, agudizado por la aviación en expansión, la amplia red ferroviaria en Europa, Norteamérica y parte de Asia y Suramérica, la radiodifusión en ciernes y la literatura de viajes. Pero el cosmopolitismo de hoy reviste una suerte de achicamiento extremo de las dimensiones: no es cosmopolitismo de lo ancho y lejano, sino de anudamiento y arracimamiento y saturación en un solo lugar (las pantallas) en el que casi todo llega y casi todo resulta accesible en instantes. El cosmopolita de ayer era un ciudadano del mundo. El glocalita (global + local) de hoy es un ciudadano atado a su ombligo mientras rendijea el mundo. Las *condiciones de posibilidad* se han intensificado y generalizado de modo tal que, efectivamente, podríamos ir a decenas de ciudades en relativo corto tiempo (ojo, es el turismo la gran industria cultural), contactar a miles de personas de manera directa y descargar miles de libros y filmes para apreciar. Pero, con frecuencia, estas posibilidades no siempre se realizan y solo en contadas ocasiones consiguen introducir alguna ruptura con nuestro etnocentrismo localizado y parroquiano.

Pero volvamos a la abundancia.

Mi colección de imágenes en Pinterest considera, en estos momentos, apenas iniciada hace un mes, más de 200 imágenes. Y eso que soy un coleccionista cauto, más interesado en desechar que en capturar. (Me esfuerzo más en elegir y descartar que en buscar, pues hay una profusión de imágenes fascinantes disponibles a un clic, que —de actuar compulsivamente— se desparramaría

en centenares de tableros o álbumes. Hay usuarios de Pinterest con miles de imágenes colectadas en pocos meses. Confío en no parecerme a ellos pronto).

La pregunta, entonces, tiene sentido: ¿qué hacer con la abundancia? O, para usar dos términos muy caros hace algunas pocas décadas atrás, ¿qué hacer para que la abundancia no se convierta en *hastío e impotencia*?

Es claro que los procedimientos y disposiciones usuales para un mundo de escasez (oportunismo, acumulación preventiva, focalización, priorización-jerarquización) no sirven en entornos de abundancia. No sirve de mucho proceder de manera *oportunistista* cuando se dispone de un amplio margen de oportunidades; no parece razonable atesorar cuando los recursos exceden los que podríamos usar en el curso de una vida; no resulta deseable concentrarse en unos pocos hitos y lugares cuando hay varios ámbitos y nichos por explorar y experimentar; no tiene sentido concentrarse en un único tópico —hacerse especialista— en desmedro de otros que podrían resultar igualmente valiosos y relevantes.

Quizás la clave está en que, progresivamente, vamos a ir desanclando de las *culturas y disposiciones de la escasez*, con su amplia valoración de los mecanismos de defensa, de las formas de atesoramiento, de la subyugación estratégica e instrumentalización de los recursos, su celebrada disposición a convertir a las personas en pieza-engranaje de un plan/proyecto, y derivaremos con relativa rapidez hacia el tipo de estrategias que conviene a entornos abundantes: trabajo colaborativo dado que un individuo no puede abarcarlo todo, disposición al juego experimental para explorar la mayor

cantidad de *posibles*, valoración positiva del riesgo para romper con el confort etnocéntrico, y atención a las redes y relaciones orgánicas, más que a las jerarquías y mecanismos de subordinación. Con frecuencia este deslizamiento hacia las *disposiciones de la abundancia* adquirirá la forma y talante de aquello que durante años llamamos estilos, formas, modos, estéticas y prácticas *posmodernas*. Imágenes que se entremezclan profusamente con los argumentos, libros que leemos mientras verificamos —en la web— la música que al autor refiere en ellos, ideas que golosamente se van juntando unas a otras, sin más, revolviendo y mezclando lo que antes no se juntaba; escrituras repentistas entreveradas con datos y más datos, gráficos y modelos que soportan la argumentación, conceptos que parecen mapas, diarios de viaje que parecen álbumes de comidas comentadas, chefs que hacen química, físicos que crean imágenes artísticas, vintage y futurismo juntos. En otras palabras, toda clase de objetos *híbridos* como lo gusta subrayar a Bruno Latour.

El reverso problemático de estas tácticas de la abundancia, estos procedimientos fundados en la experimentación (no en el experimento, que es un modo propio de la escasez), son los *despilfarros*. Así como la abundancia puede producir toneladas de basura (1/3 de la comida producida en el mundo actual, se pierde antes, durante y después de pasar por las mesas), en otros ámbitos —la ciencia, la política, las artes— pueden producirse crecientes y desvergonzadas formas del despilfarro. La economía actual hace del despilfarro (de trabajo, de vidas y personas, de bienes, de recursos, de datos) un modo de regulación y operación

funcional [redundancia, inflación comunicacional, recursividad administrativa sin sentido, mercadeo suntuario, narco-rocó en el vestuario, en las calles y fachadas no solo de las ciudades colombianas, sino de las del mundo (ver imagen del carro recargado de adornos en Japón)].

Tal como le gusta afirmar a Carlos Pérez Soto (Chile) podemos ser grandes y felices. Adultos y felices. Salir de la infantilización brutal de la vida actual, con sus correlatos funcionales: la locura y la depresión administradas de las clases medias; o la criminalización selectiva o generalizada de los excluidos.

¿No es un poco delirante y cínico hablar de «abundancia» en un país con el peor índice Gini de América Latina, uno de los más inequitativos del mundo; con decenas de miles de niños en estado de desnutrición; con una pirámide salarial que concentra, en la base, el grueso de la población laboral que devenga entre uno y dos salarios mínimos; con una tasa de desempleo cercana al 10% y de subempleo



Solo una disposición orientada a profundizar la experimentación y el riesgo fuertes, la exploración creativa, la imaginación radical, puede oponerse seriamente a las tácticas del despilfarro (de los sectores integrados de la población) o de exterminio (contra los sectores marginados de la población).

Tomado de <https://bit.ly/3ho6H3z>

o empleo informal superior al 40 %; con más de 20 millones de personas en condición de pobreza, y casi 8 en indigencia?

Sí y no. Colombia tiene, en la actualidad, 13 millones de hogares. Un poco más del 60 % de esos hogares no presenta «déficit convencional de vivienda», mientras casi el 40 % sí. Uno de cada dos hogares colombianos no vive en condición de pobreza. Uno de cada cuatro hogares colombianos vive en la indigencia. Es el país de América Latina como más hogares dotados de televisión paga. La mitad de los colombianos hace uso regular de internet y hay telefonía móvil casi en el 100 % de los hogares. En otras palabras, incluso en algunos de los sectores más vulnerables las personas tienen algo más que sus «cadenas» por perder.

En Colombia somos un poco más de 45 millones de personas. En el mundo, somos 7 mil millones. Si de manera más bien salvaje y brutal hemos hecho lo que hemos hecho, hemos conseguido entrever lo que puede llegar a ser un porvenir otro, un mundo otro, más vigoroso, ¿qué tanto podríamos conseguir

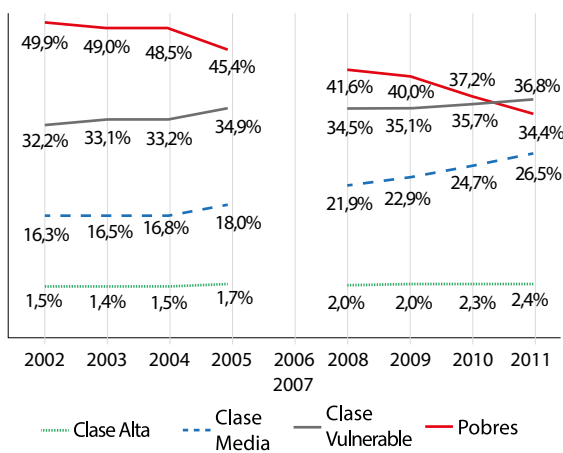
cooperando y experimentando de manera genuina y profunda?

Experimentar, explorar y sumar gente, hacer redes, forjar equipos, construir sujetos colectivos, vencer la lastimera soledad de los solos, de los que lloran sus dramas pequeños, como si fueran dramas singularísimos y únicos cuando, con diferencias sutiles, son los dramas de todos; burlarse del cómodo cinismo de los vencidos de ayer que recomiendan sus propias y rancias derrotas a los más jóvenes; apartarse de la simplona alegría de los atesoradores; desconfiar del talante y estilo de los oportunistas; hacerle el quite a los que recomiendan la depresión o la locura calculada como receta para sobrevivir en un mundo que creen cerrado y determinado para siempre; alentar la voz de aquellos que ven al rey desnudo y lo proclaman sin ambages; escuchar a los que no usan subterfugios y trucos para decir lo que puede decirse de manera simple; intentar decir las cosas de la manera más directa posible, incluso aunque cueste mucho hacerlo.

Y reír, reírse mucho, pero no con la risa de autoayuda, esa risa protésica y mueca, sino con la risa de los viejos gocetas, los burlones, la de las mujeres y hombres grandes y negros del pacífico colombiano, una risa sin asomo de vergüenza.

¡Experimentar es la consigna! Pero experimentar juntos y en red, porque solo en red —conectándonos unos con otros y acentuando mediante nuestras conexiones las diferencias (no se trata de borrar ni disolver nuestras diferencias, sino de acentuarlas, pero compartiéndolas)— podremos transformar creativamente la abundancia que nos sepulta, la exuberancia que nos achica e inmoviliza, y el exceso que nos aburre.

En Colombia la pobreza disminuye y la clase media aumenta



Fuente: Clase media en Colombia. Más allá del umbral de la pobreza. Informe de la Misión de Equidad y Movilidad Social del DNP. 2012.



■ La sangre se despierta I

Historias de ultratumba: el monstruo de los mangones no descansa

Cali, 20 de junio de 2014

Temía al Monstruo de los Mangones. La leyenda estaba tejida de cuatro lamentos, cuatro retazos grandes y pusulentos: racismo, impunidad de los poderosos, vampirismo y violencia de clase. El Monstruo de los Mangones, según la leyenda, era un hombre adinerado e influyente, un comerciante de origen antioqueño llamado Adolfo Aristizábal, dueño del famoso Hotel Aristi, en Cali. Su casa quinta, *Santa María de los Farallones*, ocupaba una extensa y elevada loma, adyacente al lugar donde hoy se encuentra la Universidad Libre, un mirador que ofrecía una visión sobrecogedora de la ciudad en crecimiento.

En Cali, como se sabe, las lomas se las disputan, por igual, las familias más ricas y los sectores más desarraigados.

Se dice que aquejado por una enfermedad que le pudría la sangre se hacía transfundir regularmente usando la de niños a los que destripaba y desaparecía sin más. (Creo que este aspecto del relato, como suele ocurrir con las leyendas urbanas, consigue ocultar —usando un relato inverosímil— un hecho más horrible, crudo y real: probablemente la conducta de un predador sexual o un tenebroso torturador. Es tan enredado eso de extraer la sangre, luego transfundirse y desaparecer a la víctima que,

por enmarañado, parece a las historias de ovnis que ayudan a ocultar asuntos más simples y directos —operaciones de reconocimiento tecnológico de territorios, ocultamiento de crisis sociales locales, anticipo de políticas de control y exterminio—. Si el propósito era obtener sangre para transfusión, lo lógico hubiera sido que, una vez atrapada la víctima apropiada, el vampiro se la guardara y procediera a extraer la sangre de manera recurrente, sin asesinarla. Por eso creo que el relato oculta algún tipo de *pathos* mucho más crudo y brutal, y más creíble).

De acuerdo con la leyenda, un ejército de colaboradores buscaba los niños adecuados en toda la región para alimentar al vampiro pálido y langaruto. Se lo acusa de haber desaparecido al menos 30 niños hacia finales de los 60 y comienzos de los 70. Su historia inspiró, en parte, *Pura sangre*, la película de Luis Ospina (1982).

Yo tenía ocho años cuando esta historia tenebrosa asechaba los días y noches de miles de niños como yo, en la ciudad. La versión que me contaron incluía un detalle adicional: Aristizabal prefería la sangre de los niños negros lo que me convertía en firme candidato de la mollienda. Pasados los años, siendo adulto, conocí una versión que dice justamente todo lo contrario: los cazadores debían suministrarle sangre de niños sin trazas de herencia africana, pues el vampiro no quería *contaminarse*. Extraña mezcla de *pureza racial* y *vampirismo*: toda una vertiente de imaginarios por comprender.

Guiller Gallo, en su sitio web subraya lo siguiente: «Y el rumor sobre aquel empresario enfermo de leucemia, el

señor Adolfo Aristizábal, o de cualquier enfermedad, quien requería constantes transfusiones, jamás de negros porque lo contaminaban. Y mira, vé, entendé pues cómo son las cosas: se cree y asegura que eso fue puro cuento chino, un cuento de ciudad, un relato inventado por la envidia de los otros empresarios vallecaucanos, estos o aquellos o algunos que querían cobrarle los éxitos al señor Aristizabal, por el hecho de ser paisa emprendedor, que, por ser venido de otras tierras, y así difamaron a ese señor que tanto le dio a la ciudad, entre ellos el Hotel Aristi y el Teatro Aristi». También hay una versión divertida y burlona de la historia, contada por el poeta Jotamario Arbeláez, y publicada por el periódico *El Tiempo* en 2004.

Hace algunos meses comenzaron las tareas de remoción de tierras para desarrollar en Santa María de los Farallones —hasta ahora, una casa de retiros, ejercicios espirituales y de reuniones, propiedad de los jesuitas— un conjunto residencial: edificios de mucho valor, estrato 6, 7, 12..., en fin, estratosféricos.

Removiendo la tierra, los buldozer dieron con los restos de cuerpos, osamentas y ropas de niños y mujeres. Trece, doce, una treintena de cadáveres. La cifra varía de rumor en rumor y, con los días, se acentúa el sigilo: está en juego no solo una trenza de crímenes sepultados, sino el porvenir de un negocio multimillonario que podría complicarse. Y, como ayer, a los rumores le siguen silencios mascullados y, después —ya veremos mañana— una nueva leyenda, más grotesca, más estrambótica, más falsa, que, encandilando, oculta la sangre, los huesos, el dolor magullado de estos muertos de ayer y de mañana.



■ La sangre se despierta II

Abriéndose paso entre los rumores: la historia del monstruo de los mangones retorna

Cali, 23 de junio de 2014

Hoy una fuente confiable me dice que fueron 19 los restos que encontraron en Santa María de los Farallones, y que hombres de la Fiscalía estuvieron estudiando el hallazgo, y están al tanto del asunto. La prensa amarilla y la crónica roja local no han dicho una sola palabra al respecto, lo cual es extraño si se tiene en cuenta que constituye ese tipo de hechos que, como las melodías infantiles, despiertan, reactualizan y atizan la memoria colectiva gatillando emociones profundas y fantasmales.

En una pequeña reunión de socialización del proyecto, realizada hace algunas semanas atrás, los miembros de

la constructora encargada de las obras se negaron a hablar del descubrimiento, aunque algunos vecinos insistieron una y otra vez en el tema. Las obras estuvieron detenidas por lo menos un mes, y solo se reanudaron tras la inspección realizada por forenses enfundados en sus trajes blancos.

La casa Santa María de los Farallones operó como lugar de encuentros, retiros espirituales y espacio de reuniones. Contaba entonces con una capilla, 32 habitaciones individuales, 10 habitaciones múltiples y salones equipados con tecnologías audiovisuales. Es un patrimonio arquitectónico de la ciudad.

Tiene todos los ingredientes de las zonas veladas y vedadas de nuestras historias: una mezcla de belleza serena e inquietante, de furia contenida y acallada, de vergüenza brumosa y, sobre todo, de silencio, mucho silencio.



■ Epifanías

Las revelaciones que trastornan la vida ordinaria

Cali, 02 de julio de 2014

Sé exactamente cuándo sucedieron esos momentos sublimes y casi conozco algunas claves de su génesis, de su arquitectura, de su dinámica. Experimentarlos es asistir a una síntesis irrepetible de la vida en su versión más extraña y surrealista. Estos momentos *de asombro, de revelación, de epifanía*, tienen varios rasgos que, por demás, sorprenden en sí mismos:

1. **Lo inesperado en lo ordinario.** Operan como irrupciones volcánicas en situaciones por demás comunes y ordinarias. No aparecen como resultado de un plan. No aparecen allí donde convencionalmente se supone anida lo

exquisito o lo encantador. No en un museo. No en la puesta del sol. No necesariamente emergen mirando las estrellas o arrojados a un espectáculo cósmico o al fondo del mar. No. Irrumpen y estallan mientras bajas la taza del sanitario, cuando te volteas a mirar atrás un objeto trivial, mientras comes una comida común o cuando escuchas una tonadita cliché. En una palabra: aparecen cuando no estás preparado, cuando no estás conscientemente dispuesto a lo sublime, cuando no estás atento. Estas experiencias no resultan de situaciones de control, cálculo o anticipación.



El Bosco: *La barca de los locos* (1503-1504).
Colección Museo del Louvre.

2. **Suponen un intenso compromiso corporal, aunque no sean una experiencia exclusivamente física.** Consideran una experiencia corporal muy intensa. Esa experiencia puede empezar como una vigorosa sensación localizada que, inevitablemente, termina haciéndose general, hasta diseminarse por todo el cuerpo: entonces sientes que flotas, que se te incendia el corazón (es literal, no es una

metáfora), que el tiempo se elonga y se hace fluido, o te abrasa (quema) una felicidad rotunda. El orgasmo sexual es poca cosa al lado de estos estados de dicha plena y envolvente.

3. **Mixturas singulares.** Estos momentos comprometen una mezcolanza de diversos tipos de registros. He experimentado momentos epifánicos en las siguientes circunstancias:

- a) viendo a dos mujeres que, por demás, no amo ni deseo sexualmente, y en circunstancias triviales (a una la saludaba en la oficina donde ella trabajaba; la otra hacía una pequeña demostración de baile durante una exposición escolar);
- b) cruzando el barrio Obrero de Cali, con la visión de un cielo rico en arreboles al fondo, y música —¿de Queen quizá? — en la radio del carro;
- c) comiendo un sándwich de queso en una parada de bus, en Osorno, Chile;
- d) devorándome una pizza en casa de amigos en Buenos Aires;
- e) hartándome de frijoles con piña y carne de cerdo, preparados por una amiga, Martha Alvarado, en la adolescencia, en la casa familiar (La Buitrera, Cali); y
- e) saboreando un perro caliente, en Bogotá, en la niñez, luego de salir de un concierto de música clásica al que mi papá nos había llevado, a mis hermanos y a mí, un domingo.

4. **En duración y estructura temporal se parecen mucho a un déjà vu y a la serendipia.** Sin embargo, estos momentos de epifanía son todo lo contrario al déjà vu en contenido: mientras los segundos parecen un juego

recursivo y burlón de la memoria, los primeros son en sentido estricto lo nunca visto, *jamais vu*. Y como las serendipias, los descubrimientos y comprensiones inesperadas, operan comprimiendo y estableciendo relaciones insospechadas entre indicios, pero la dirección es inversa: las serendipias parecen emerger desde adentro del sujeto —¡eureka!, lo entendí—; los momentos epifánicos vienen de afuera hacia adentro del sujeto —¡me encandila!

Por supuesto, voy a leer las teorías de Joyce sobre las epifanías. (Y he

leído el relato «La descarga» y «La descarga II», que un amigo me pidió publicar aquí: su experiencia ayuda a entender muchas cosas). Por lo pronto, sospecho que una sostenida y continua atención por los detalles, algo así como una hiperestesia inducida por esta microscopía incesante a lo Joyce, puede alentarlas, pero no desencadenan epifanías. El examen atento de lo que uno experimenta y siente segundo a segundo también puede ayudar a preparar el terreno, pero no las producen. Sin duda, estos *jamais vu* no pueden ser inducidos. Y en ello reside parte de sus misterios.



Tomado de <https://bit.ly/3h5Lcy8>

■ La descarga

¿Y si capturáramos la experiencia de las personas algunas milésimas de segundo antes de su muerte?

Cali, 11 de julio de 2013

Por *Leonardo Ríos Ospina*. MD.

Ir más atrás, una fracción de segundo después del Big Bang, es la frontera que poco a poco corrieron astrofísicos y esas poderosas máquinas del tiempo que son los observatorios astronómicos y los telescopios. Capturando y detectando la *radiación de fondo* tras la gran explosión que, en sentido estricto, no fue una explosión, ni un estallido, ni nada parecido, se ha podido atender los primeros parpadeos del universo conocido. Hoy contamos con registros de onda de apenas 100 mil años después del Big Bang.

A mí me interesa el Big Blackout, el apagón de la vida humana. Algunos

neurólogos queremos comprender qué pasa en la conciencia humana una fracción de segundo antes de que todo cese. Nos dedicamos a auscultar el rumor de fondo de la conciencia, los últimos estertores justo antes de la muerte. Mis colegas me llaman, burlonamente, tanatólogo. Otro me apoda el *hijo de Parnia*, porque —como Sam Parnia, el médico líder de AWARE (*AWAREness during REsuscitation*)— he dedicado una parte importante de mi vida profesional a comprender los procesos de resucitación cardíaca y a mejorar los pronósticos de recuperación, ampliando la ventana

de sobrevivencia, el lapso en que, tras un evento crítico, la persona puede ser reanimada.

Los estudios de Parnia sugieren cómo, hasta cierto punto, la mente es independiente del cerebro. Mi punto de vista coincide con el de Parnia, pero yo prefiero insistir en que la mente es cuerpo, no solo cerebro, y por ello son posibles los persistentes jirones de conciencia incluso luego de prolongados periodos de muerte cerebral. La mente y la consciencia sobreviven al colapso del cerebro gracias a que sus recursos no se reducen al sistema nervioso central e incluyen la piel, los músculos, la respiración, la agitación de las pestañas, todo el cuerpo. De hecho, creo, como alguna vez sugirió Alan Turing, que el cerebro no es más que un eficiente amplificador, y así como nadie atribuye la música a los bafles, ni la imagen a la lupa, ni el terremoto a las rocas que lo transmiten, no podemos creer ingenuamente que en el cerebro está toda la explicación de nuestra conciencia.

Aunque, a decir verdad, de acuerdo con Rodolfo Llinás, el brillante neurocientífico bogotano, el cerebro —más que un amplificador— es el lugar en que se coordinan oscilaciones para ensamblar música, esa música que llamamos la realidad, la conciencia, las sensaciones, las emociones, la experiencia, el «yo». El cerebro es más bien el gran sincronizador.

Terremotos, magmas y amnesias

«Es necesario examinar esos extraños fenómenos de la conciencia en que se advierte cómo su trazo se extiende más allá del Sistema Nervioso Central» —Baldoni, 2011, *Las formas fracturadas de la conciencia: las raíces de la razón*.

Los volcanes nos revelaron las entrañas de la Tierra. Siempre he pensado que son los *lapsus* de nuestra geología: nos entregan el vientre oscuro de que está hecha la aparente y verdeazulada claridad de Gea, su piel cosmética. En sentido estricto, la tierra es roja incandescente, volcánica, peligrosa. La visión sideral y lapislázuli del planeta no es más que su cara decente, la tersa máscara de una bola de fuego que 5 mil millones de años después no termina de apagarse. La volcánica es la Tierra real, la que se agita, la vulgar, la que escupe soeces, la que grita y se retuerce como una pose-sa, la que eructa y quema, la que vocifera y mata. La otra, la que se espolvorea con nubes y arena, la de las brisas que susurran, la que se mece acuática, es la *Terra ornata*. Lo interesante es que, precisamente, la vulgar, la volcánica, la violenta fertiliza y abona, alimenta el humus y alienta las raíces y la oleada verde y selvática de la otra, su rostro florecido. El vientre que mata también aviva.

Del mismo modo, los extraños fenómenos que revelan el vientre oscuro de la conciencia, esa superficie verdeazulada y tersa, son diversos y monstruosos. Nuestros volcanes interiores incluyen desde los *lapsus* hasta los *delirium tremens* pasando por las paranoias, los ataques de celos, las fobias, las aversiones, las pesadillas, las obsesiones y manías, las depresiones profundas y megalomanías, los sadismos y las filias. Pero no todos los volcanes escupen fuego: algunos soplan aguas cálidas, géiseres, lodos espesos y cenizas menudas e inofensivas. Esos volcanes suaves también revelan y remueven parte de nuestra conciencia: son nuestros sueños, encantamientos, raptos creativos,

risas explosivas, enamoramientos, intuiciones, repentismos, genialidades y ocurrencias afortunadas.

Estudiando los estados de la conciencia al borde de la muerte terminé tropezando con este tipo de volcamientos, estos quiebres subterráneos —algunos súbitos, otros lentos y progresivos— que agitan la superficie calma, el frágil sentido de la realidad consciente. En ambos casos, ya se trate de volcanes suaves o volcanes estruendosos, es como si de repente el amplificador-sincronizador cerebral fallara, deviniera insuficiente y estrecho, y todo se derramará, se desbordará. El sistema nervioso central parece insuficiente y una irrupción que estremece la conciencia recurre a otras partes del cuerpo para comunicar lo que el cerebro no puede. O, quizás, el cerebro decide que, ante su limitada capacidad de amplificación/sincronización, requiere usar otras partes del cuerpo para reverberar mejor y tratar con aquello que lo desborda.

Desbordamiento.

Ese es el aspecto clave

Fue Giuseppe Baldoni quien me hizo notar que estos estados extraños de la conciencia se manifiestan, sin excepción, como *desbordamientos*, como si el contenido superara por momentos el continente y se arruinaran todos los mecanismos de contención que llamamos conciencia. Y fue mi amigo Julián González quien me recordó la importancia de las epifanías. De hecho, fue el primero en obsequiarme detalles de las suyas, de las circunstancias en las que las experimentó, la duración y calidades de las mismas, las reacciones fisiológicas (sudoración, dificultades para hablar,

alteración de la respiración, sensación de ingravidez, pérdida de referencias espacio temporales). Él está convencido de que son las manifestaciones más bellas de *desbordamiento* de la conciencia (ver epifanías). En ellas habría un mayor compromiso corporal que en otras formas de conciencia alterada.

¿Y las drogas, los estupefacientes, los estimulantes, los licores, los alucinógenos? ¿No son también manifestaciones muy poderosas de alteración de la conciencia? Creo que no. No son más que muletas. Extienden la capacidad de amplificación/sincronización del cerebro, pero no procuran —por ejemplo— auténticas epifanías, no mejoran la habilidad para echar a volar por cuenta propia.

Pero, en fin, volvamos a la historia.

Tenía registradas 138 entrevistas clínicas a *retornados*, pacientes que habían sobrevivido a un trance de muerte (NDE: *near death experiences*). Cada ficha incluía un récord más o menos completo de registros de los pacientes antes, durante y poco después del trance —medidas de oxigenación cerebral, medidas de actividad cerebral y cardíaca, temperatura corporal, en algunos casos comportamiento muscular de extremidades— y, cuando me lo permitían, tenía acceso a información de contexto sobre sus vidas personales (calidad de las relaciones parentales, historia laboral, situación económica, experiencias críticas en sus vidas, algo de genealogías familiares, indicadores de satisfacción personal con el curso de sus vidas).

Como puede apreciarse, se trataba de un estudio más o menos completo y detallado, quince años de entusiasmo arrume de hojas, gráficos, transcripciones, fichas, más cuadros, más tablas,

más testimonios. Expedientes y expedientes que, con los días, se convirtieron primero en dossier de la esperanza, arrume del que emergería una genial conexión donde fondear saberes completamente nuevos. Después, se fueron enfriando las esperanzas y los expedientes hasta transformarse en una cansina tonelada de hojas y más hojas a las que se sumaban otras más con desesperación y urgencia. Luego vino la torturada sensación de caos. La vorágine. Nada podía hacer con todo eso. Finalmente, el arrume se convirtió en piano de cola, pesado lastre: algo que cargas a tus espaldas sin poder desembarazarte de él y sin saber cómo hacer que funcione. La iluminada promesa de ayer lentamente transformada en espeso desagüe, sífon por el que se cuelan una a una todas tus energías: eso pasó en quince años.

Y una mañana me paré enfrente de mi computador: más allá de la pantalla, la enorme estantería repleta de A-Z con los expedientes NDE debidamente marcados, fechados y numerados. Comencé a revisar mis apuntes, algunas transcripciones, notas sueltas, ideas sobre ideas, y comprendí en un instante que *no iba para ninguna parte* y que la burlona mirada de mis colegas, el sobrenombre con que me bautizaron, el piano de cola sobre mis hombros y la estela de quince años acumulando datos eran en conjunto algo así como una sepultura dispersa, una atadura, un desquiciamiento. Mi hundimiento en la nada. No tenía nada en las manos. No había nada que atara ese montón de hojas sueltas, ninguna conexión ingeniosa que les diera orden, ninguna respuesta que les diera sentido, ningún hallazgo que conectara la historia de la monja de 82 años,

sobreviviente de un infarto, y la de esa chiquilla de 17 años, casi fulminada por un aneurisma. ¿Había manera de interpretar y reunir esa marea de datos y hacer con ello una obra decente?

No. No había manera de hilvanar todo eso. Nada que hacer. Nada que salvar. Tres lustros muertos.

Y entonces la decisión sobrevino de manera natural. *Delete. Delete. Delete. Delete.* ¿Está seguro de borrar este archivo? *Delete. Delete. Delete.* Una a una fui eliminando las carpetas, con esa tristeza vencida de los suicidas. *Delete. Delete.*

Y mientras borraba y borraba archivos pensaba en las razones triviales que me hicieron cirujano. Era un niño cuando tropecé con el artículo de François-Xavier (FX) sobre Ebuchi Kouhei, un diestro fabricante de cuchillos japoneses. Una de las imágenes, aquella en que se aprecian cientos de patrones de cuchillos, una ordenada acumulación de formas pardas y herrosas, me produjo un hondo estremecimiento, mitad miedo, mitad hechizo. Allí estaban los *patrones, padrones, padres* de cientos de miles de cuchillos. Exactamente 27 modelos. Pero a mí me producía particular emoción el sexto patrón de la fila inferior, de izquierda a derecha, casi en la mitad del muestrario. Era una hachuela fría y dispuesta, de las que suelen aparecer en algunos filmes de terror y de gangsters, la misma que agitara una y otra vez Bill Cutting (Daniel Day-Lewis) en *Pandillas de Nueva York*, el *film* de Martín Scorsese (2002). Esa hachuela me sedujo de niño.

Esa tarde tomé un pequeño cuchillo de mesa, lo martillé un poco y luego, con cuidado amoroso, comencé a afilarlo tratando de imitar la forma de mi hachuela hechicera. Por supuesto, fracasé. Dos horas y media después mis dedos sangraban tratando de sacarle filo a un cuchillo tercamente romo. Cuatro horas más tarde estaba castigado en mi cuarto, seis latigazos por andar «jugando con cosas peligrosas», me sentenció mi tía Laura. Pero más pueden las urgencias que las prohibiciones, y al año siguiente ya contaba con tres piezas filosas y honorables: una navajita labrada a partir de una puntilla de 6 pulgadas, casi un estilete, una almarada rústica, pero eficiente; un cuchillito curvo para tasajear frutas e insectos; y una hachuela armada con una hoja de aluminio montada sobre una placa de madera fina. Cortaba, punzaba, tasajeaba cosas pequeñas y animalitos: hormigas, garrapatas, semillas, mariposas, lombrices, piedrecillas

frágiles, pétalos de flores, plumas de aves. Destornillaba relojes y radios, despanzurraba circuitos integrados. Hacía marcas y dibujos en la piedra, en latones, en ladrillos, en las botellas de vidrio. Afilaba amorosamente mis piezas.

Creo que primero amé cortar, punzar y tasajear. Luego me hice médico. «Primero fui cuchillero, y luego, cirujano», digo yo.

Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete.

Después me hice enterrador y archivero. *Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Y ahora, soy un borrador. Un amnésico. Y quizás, un muerto.*



Cuchillos del maestro Ebuchi Kouhei, en Cuchilleros Japoneses.
Tomado de <https://bit.ly/3zNE15i>



■ La descarga II

4 entendimientos

Cali, 14 de julio de 2014 (Un año después)
Por *Leonardo Ríos Ospina*. MD.

No hay que ser un genio para saber lo que pasó tras el borrado compulsivo de mis archivos. ¿Incendí mis archivos de papel y me pegué un tiro? No. ¿Me emborraché y me pegué un tiro? No. ¿Aspiré cocaína y me pegué un tiro? No.

Me pegué un tiro. Sin más, sin aspavientos, sin ceremonias. Y claro, ya se imaginarán, sobreviví. Tengo aún la hendidura en mi cabeza, una deformidad que es señal indeleble de un milagro y del precio que tuve que pagar por un extraordinario descubrimiento. Permanecí tres meses en coma y tuve acceso de primera mano a la condición de persona ND o *retornado*.

¿No es maravilloso? 15 años haciendo un largo rodeo, escarbando en la vida de otros, en los sueños de otros, en los relatos de otros, en los registros y monitoreos de otros y, al final, luego del desaliento total, terminar enterándome de manera directa de lo que otros experimentaron al morir. Tuve mi *Big Blackout* personal, mi tiempo de silencio profundo, mis días vacíos, mi brisa gélida y envolvente, tuve mi encandilamiento púrpura. Es decir, gocé de mi profunda y desquiciadora *descarga*.

Recapitulemos.

Big bang, lapsus, *blackout*, NDE, volcanes, derramamientos de la conciencia,

morir, retornar, amplificador, sincronizador, descarga. Ninguno de los términos de este listado son gratuitos. Constituyen, por así decirlo, las claves del mantra del que les hablaré a continuación.

Les contaré el secreto mejor guardado y más sencillo de la historia humana. Cuando mi amigo Julián González me habló de las epifanías ni él ni yo imaginábamos que allí está la clave de todo. Él me rogó que dejara las cosas así, que mejor no desencadenar dinámicas inesperadas (por ejemplo, una oleada de suicidios). Yo le dije que justamente de eso se trataba, de darle vuelta a todo y dejar de seguir temiendo y encubriendo verdades con nuevas mentiras, monumentales enredos y silencios tácticos. Había que decirlo absolutamente todo y explicarlo de la manera más simple y clara posible, poniendo en juego todo el entendimiento y comprensión que pude adquirir tras mi retorno.

Primer entendimiento

El dualismo vida/muerte no tiene ningún sentido. Todo está muerto y todo —absolutamente todo— está vivo. Vivo y muerto son más bien «focos», marcos, modos de mirar. Usted y yo somos personas, en principio, vivas. Sin embargo, conforme vamos cerrando el foco —por ejemplo, si hacemos un primer plano sobre algunas partes del cuerpo, su composición orgánica, su bioquímica— vamos encontrando aquí y allá rastros y aspectos no vivos. Y entre más cerramos el foco más tropezamos con entidades que no podemos definir como *vivas* o *muertas*. Por ejemplo, los espacios huecos, vacíos, dentro de los huesos, los minúsculos ríos de agua dentro y

entre tejidos, las moléculas de sodio, el impulso eléctrico y la despolarización en las neuronas. No son fenómenos a los que fácilmente podemos llamar «vivos». De repente, «lo vivo» no es más que una propiedad emergente tejida y organizada a partir de entidades, relaciones, procesos que no son, ellos mismos ni vivos ni muertos. La materia, sabemos, es un enorme queso agujereado. Comprimitos los espacios vacíos entre las partes, en las moléculas, en los átomos, en las partículas subatómicas, todo lo que somos quedaría reducido a una densa mota de polvo. Somos nada, vacío sobre vacío con minúsculas islas diseminadas por ahí, agitándose mucho o poco. Y si ensanchamos el foco, nuestro universo conocido es una inabarcable cantidad de estallidos furiosos y enfriamientos colosales. ¿Está vivo un cuerpo que —a lo largo de los años— pierde millones de células y las reemplaza por otras; ¿un cuerpo que —en sentido estricto— ha sido una sucesión de cuerpos hechos de entidades que, vistas de cerca, son moléculas, átomos y fluidos no vivos? ¿Está muerto un universo en continua agitación en el que han germinado conciencia y dedos que acarician y ojos que ven y gentes que se amacizan y algas que se mecen y virus, los extraños virus, entidades que no sabemos clasificar si vivas o muertas, capaces de alterarlo todo? A la pregunta, ¿esto está vivo, esto está muerto?, deberíamos responder con un tímido y cuidadoso *depende*.

Segundo entendimiento

Ahora suponga que lo interesante no es definir si vivo/muerto, sino más bien atender la continua oscilación, el cambio, las transiciones, las transformaciones

entre estos dos estados emergentes. Cada uno de nosotros es un conjunto de estados vivo/muerto; cada uno está hecho de organismos y procesos vivos/muertos, y compuestos vivos/muertos. No son tan relevantes los polos, sino las transiciones y oscilaciones entre ambos, los cambios y vaivenes. De repente, hace 5 mil millones de años compuestos en agitación hicieron emerger sustancias orgánicas que, a su vez, procuraron las primeras células procariotas. Pero en cada una de esas transiciones lo que emergió no hizo desaparecer lo previo: la base orgánica, el caldo proteico y los elementos básicos de que estamos hechos continúan allí, aunque solo apreciamos y atendamos a las formas emergentes más robustas y complejas. El momento en que emerge la conciencia en un organismo complejo es una transición extraordinaria. El momento en que emerge la conciencia sobre la conciencia en los seres humanos es extraordinario. Pero ninguna de estas transiciones borra para siempre lo previo.

Estas transiciones son extraordinarias no por que expresan cambios, sino porque ocasionalmente se manifiestan como poderosos *desbordamientos* que hacen emerger *algo* que no estaba allí previamente. No es el cambio lo relevante, sino la aparición de algo que no estaba originalmente en lo que cambia.

Cuando la conciencia sufre desbordamientos, volcanes suaves o duros, también constituye una transición: allí emerge algo que no estaba allí originalmente. Por eso nos resultan fascinantes y aterradoras estos estados, los deslumbramientos, las serendipias, las epifanías, las obsesiones momentáneas, las alucinaciones.

Pero suponga que hay una transición en que este derramamiento adquiere dimensiones extremas. Imagine que la profundidad del volcamiento, de la dislocación de la conciencia, la intensidad del desbordamiento es tal que nuestro poderoso amplificador y armonizador se ve obligado a usar todo el cuerpo para atender una reverberación única, la más poderosa descarga, la gran epifanía.

Vamos paso a paso. Imagínese que le dan un martillazo en alguno de los dedos y el dolor es insoportable: en ese momento, usted grita, patalea, salta, llora, se lleva las manos a la boca, babea... El dolor desbordado se transfiere, por decirlo de alguna manera, a partes diversas del cuerpo para poder procesarlo. Ahora suponga que experimenta un placer extraordinario, un orgasmo multiplicado por 10. De nuevo, su cuerpo se torna rígido, grita, patalea, vocifera, muerde. Una vez más, el volcamiento se traduce en agitación generalizada del cuerpo hasta hacerse rígido. Ahora, piense que de repente experimenta *todo junto*, todo el dolor, todo el placer, todas las emociones, todos los sueños, todas las ideas, todas las experiencias, todo lo recorrido, todo lo dicho, todo lo callado, todo lo fantaseado e imaginado, todos los deseos, todas las fobias, todas las rabias, todas las transiciones, todas juntas y comprimidas en un solo instante. Durante el orgasmo multiplicado por 10 o durante el dolor del martillazo usted usa apenas una fracción del cuerpo para procesar esa experiencia de dolor o placer que el cerebro no puede sincronizar, orquestar, amplificar. Bien, en ese instante *total* de que hablo, usted pone en juego absolutamente todo el cuerpo, cada

centímetro de piel, hueso, músculo, terminaciones nerviosas, grasa, papilas gustativas, ojo, oído, cabello, sangre, poros, dientes, vellos... Todo se pone en juego para hacerse cargo de este volcamiento sublime. Y si en las epifanías, los deslumbramientos, los raptos, los arrobamientos, el tiempo se hace elástico hasta disolverse trocando un segundo en una eternidad, durante la gran epifanía sencillamente el tiempo deja de existir. Durante la experiencia más importante de una persona, la gran epifanía —noten que no digo la muerte—, no solo se recluta todo el tendido orgánico y corporal, sino —sobre todo— todas las experiencias acumuladas en el devenir de la persona. ¿Extraordinario, ¿no? No es que la vida entera pase ante tus ojos. No. La vida entera pasa por tu cuerpo, como si todo el archivo de tus experiencias volviera a leerse, pero usando no solo la conciencia, tan chiquita y limitada ella, sino todo el bioequipamiento. Todo se estremece y sacude. Usted no tiene ningún control sobre nada. Mejor aún, la idea de control —tan propia de la conciencia— pierde todo sentido durante la gran epifanía.

Y tras la epifanía, el cuerpo —luego de saqueado— se hace progresivamente rígido. Vuelve a sus elementos orgánicos constitutivos. *Rigor mortis*.

Hasta aquí no he dicho nada muy extraño ni fenomenal. Ahora viene lo bueno.

Tercer entendimiento

Hay cuatro tipos de relatos en las personas que viven experiencias cercanas a la muerte (NDE): los relatos de paz sublime, felicidad profunda, luz, fluidez, ingravidez, eternidad, sosiego. Los relatos

de infierno, descenso al abismo, oscuridad y dolor. Los relatos entremezclados, medio cielo, medio infierno. Y los relatos cero, los que no recuerdan nada. Pero sin excepción, entre los que recuerdan algo al retornar, aparecen escenas familiares, voces, nombres, personas, objetos, animales de infancia. ¿No les parece extraño?

Voy a explicar algo que no tiene mucho misterio, pero resulta muy interesante. Cuando usted sueña notará que, aquí y allá, con frecuencia, reconoce en el sueño fragmentos de asuntos que ha vivido. Los sueños traen rastros de nuestros propios miedos, de nuestros deseos, de nuestras fobias, de nuestras experiencias. Pero con frecuencia cuesta recordarlos y, todavía más, no podemos de ninguna manera reconstruirlos completamente. Pues bien, la gran epifanía es como los sueños, pero —por supuesto— más potente y rotunda. Y tras retornar de ella, apenas si podemos balbucear algunas cosas, algunos rastros, algunas trazas.

Vamos poniendo las cosas en su sitio: el *más allá* no es otra cosa que el *más acá* comprimido y densificado, un poco como si a la materia y a la sustancia se le eliminara todo hueco, todo espacio, todo vacío. La gran epifanía es, además de una vigorosa transición, una poderosa *compresión*.

Cuarto entendimiento

Inevitable hablar aquí de religión. Pongamos las cosas en claro: los *retornados* de ayer, los relatos de personas NDE del pasado, las palabras de los resucitados son la argamasa con que se labraron ayer y se hilan hoy buena parte de las narrativas religiosas. Uno de los temores

que las iglesias de ayer tenían respecto al relato de los retornados o resucitados es que pudieran desencantar el cielo, devaluar el infierno y, sobre todo, demoler nuestro inveterado temor a morir. En la religión judeocristiana tan importante como el *no matarás* es el *no te matarás* (*no levantarás la mano contra ti mismo*) y el miedo al castigo divino tras la muerte. Basta imaginarse los efectos que tendrían sobre las personas saber de la gran epifanía, por boca de algún resucitado deslenguado, y perder todo temor a la muerte. (Yo creo en cambio que, al perder el temor a la muerte, elevamos el precio y aprecio por la vida, pues no hay *más allá* que aquello que labramos *más acá*).

Me explico: hay que decir, de manera clara, cuál es el más importante entendimiento, para evitar malas interpretaciones. Las epifanías no funcionan como resultado de plan alguno, premeditación y acción prevista. Para que se hagan una idea de lo que digo basta el siguiente ejemplo: la diferencia entre una epifanía real y una falseada es análoga a la diferencia entre martillarse un dedo sin querer, y martillarse un dedo con clara premeditación. Aunque en ambos casos uno puede aullar de dolor, en el segundo el compromiso corporal para procesarlo es completamente distinto, mucho más restringido.

Como la gran epifanía es una poderosa transición, una intensa compresión y total pérdida de control, es bastante probable que si uno decide —por decirlo de alguna manera «quitarse la vida»— experimentará su epifanía, pero —me temo— hartó moderada. Y aquellos que deciden tener poquitas experiencias pues tendrán también una ración

más bien gris y menos intensa de pasaje instantáneo por la vida entera. Imagino que la gran epifanía de los bebés o de las personas muy jóvenes es quizás más liviana y débil que la de los viejos y viejas rumberos y pachangueros, con una larga historia por contar. Así que entre *más acá* haya, más denso y extraordinario será su espejo, la gran epifanía, la gran descarga, el breve y atemporal *más allá*. La muerte es la *descarga* de todo lo vivido en forma de epifanía profunda. Y necesitamos hacernos a la mayor cantidad posible de experiencias, de transformaciones, de transiciones, para que la gran epifanía sea más robusta, más intensa, más extraordinaria de lo que ya es.

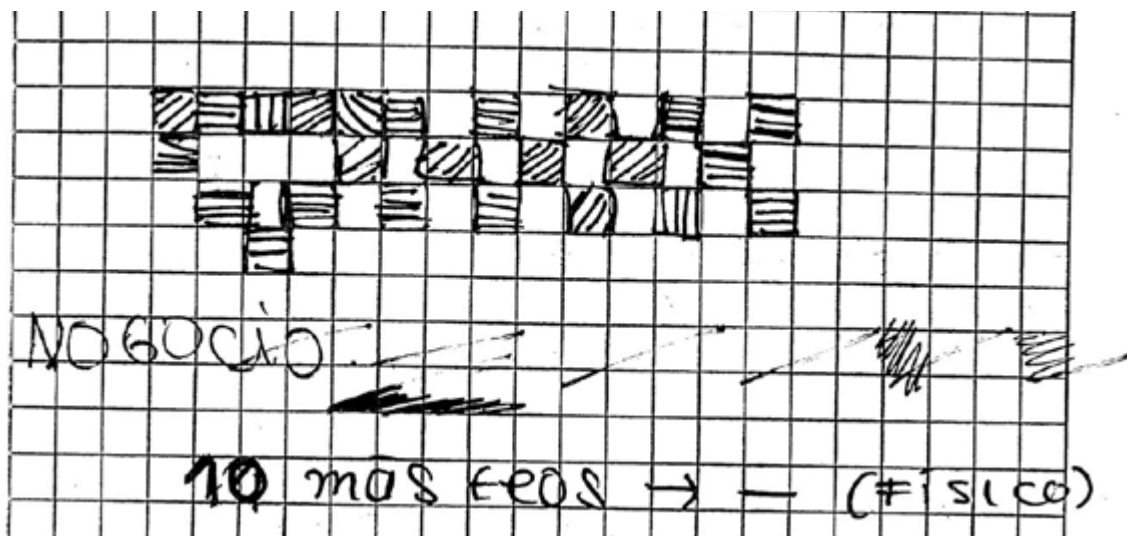
El retornado o resucitado más famoso de Occidente, Jesús Cristo, seguramente experimentó su propia gran epifanía usando como materia prima la tradición judaica, su propia infancia, su personal batalla contra la ocupación romana, su estudio de La Torá y su conocimiento del Talmud. La cultura y forma de vida en que cada uno se desenvuelve y revuelca será el tejido con que armará su gran epifanía. Imagino que un físico como Einstein experimentó una vibrante danza de ecuaciones y un guerrero gozará su propia fiesta de balas y morteros. En la mía experimenté, entre otras, estos entendimientos y examiné todas las carpetas NDE con total detenimiento y satisfacción, derivando tanto placer y sosiego que, tras el retorno, me cuesta un poco entender algunas de las angustias triviales de las personas.

Y desde que retorné me dedico a acumular experiencias como quien arma el mejor equipaje posible para un viaje breve y exquisito. Presto atención a detalles que antes ignoraba. Disfruto

de las músicas del mundo, esas magníficas tecnologías del estremecimiento. Me entrego con dedicación y cuidado a las conversaciones, para enhebrar mi propia historia a la mayor cantidad posible de historias de otros. Amo genuinamente. Y odio con toda intensidad a algunas personas. No voy a ningún sitio que el mercadeo, los medios o los promotores del *buen gusto* recomienden. Atiendo mis instintos. Pruebo y experimento. Me entrego a las pasiones. Cada quien sabe identificar sus pasiones. No hay ruta fija ni previsible a la gran epifanía. Cada quien tiene que inventarse las suyas, poniendo el cuerpo entero y todas sus historias en juego. Tal como lo veo yo ahora, este planeta es un extraordinario laboratorio para

inventar otro nivel de transiciones, un nuevo tipo de volcamiento: primero fue la materia, luego las moléculas orgánicas, después las procariotas, los organismos vivos complejos, la historia humana y la consciencia/mente; luego los derramamientos de la conciencia, y finalmente —por ahora— las epifanías, la plenitud de la belleza.

Mi colección de cuchillitos propios, personalmente hechos, ha vuelto a crecer: en la actualidad tengo 1.309. Pero sigo adorando, por encima de todas las cosas, mi hachuelita, desafilada y vieja, mi versión infantil de la que hiciera una y otra vez Ebuchi Kouhei, al otro lado del mundo. Sin duda mi hachuelita estará en mi última y, espero, lejana epifanía.



■ Computación sin computadores

Una niña hace esquemas y modelos de clasificación idénticos a los de la cultura organizacional contemporánea

Cali, 17 de junio de 2014

Encontré una hojita escrita por una niña de casi 14 años (ver imagen en la siguiente página).

Se trata de un ranking más o menos sofisticado. La niña tiene un conjunto de códigos para clasificar a sus compañeros de estudios teniendo en cuenta su físico (los 10 más feos, raya -, numerados de 1 a 10) y su personalidad (los 5 con mejor personalidad, asterísco *, numerados de 1 a 5). Cruza y combina las variables: a uno que considera muy feo (Siuffi), al mismo tiempo lo tiene como uno de los de mejor personalidad. Campo, arriba en la lista, ocupa el primer ranking en personalidad y no está incluido en la lista de los

feos. Así la niña, combinando variables, construye un listado rico en marcas y discriminaciones. En primer lugar, estaría el listado selecto, el de aquellos que sin ser feos tienen mejor personalidad [los destaca con un punto (.)]: Campos, Sergio, Julián, Montoya. En segundo lugar, los que tienen buena personalidad, no son feos, pero no tienen punto: Cortez, Álvaro y Peña. En tercer lugar, los feos, con personalidad y un punto: Bustos. En cuarto lugar, los feos con personalidad: Polla, Siuffi. Y en quinto, los que no tienen ninguna marca: Michel, Cujar, Castro, González, Grisalez y Camilo (no feos y no tienen personalidad).

campo			• 1
González	- 1		* 3
Carla			
Michel			* 4
Alvaro			* 1
Pola	- 8		
Cunat			
Sergio			• 4
Julio			
Julio	- 2		
Escamilla	- 5		
Julian			• 5
Montoya			• 3
Castro			
Peña			* 5
Grisales			
Camilo			
Andrés	- 6		
Juan Esteban	- 7		
Diego	- 4		
Bustos	- 3		• 2
Pablo	- 9		
Smith	- 10		* 2

NOBUOIO

10 más feos → (FÍSICO)

5 mejor personalidad → *

Esta clasificación es sustancialmente más compleja que aquellas que califican de 1 a 10 a hombres y mujeres según su apariencia. La mujer 10 era Bo Derek a comienzos de la década de los 1980. Hay toda suerte de sitios web en que se hacen ranking de personas comunes y famosas según su atractivo físico. De hecho hay un sitio web solo para personas bonitas (beautifulpeople.com) con un sistema de clasificación (por votación) mucho menos elaborado que el de nuestra niña *organizacional*.

Los departamentos de recursos humanos consideran procedimientos de clasificación y selección más o menos similares a los de la niña de 14 años: tipo de personalidad, actitud proactiva o reactiva, liderazgo, iniciativa, disposición al trabajo en equipo, resiliencia.

(Y con frecuencia, de manera subrepticia, incluyen la apariencia física). Van añadiendo atributos que se califican en algún tipo de escala hasta convertir la compleja y cambiante condición humana en un conjunto de puntos y valores numéricos simples. Match.com, uno de los sitios más populares en el mundo para buscar parejas, opera mediante procedimientos similares de clasificación y categorización.

La pequeña clasificadora emerge del mismo mundo que produce los rankings de las colas más bonitas, los catálogos de rostros más bellos/más feos, las páginas web para buscar parejas, los test de personalidad, los estudios de liderazgo para clasificar candidatos en las empresas, los debates electorales por televisión, las sonrisas y posturas telegénicas, el ranking de los/los deportistas más bellos/más feos/más adinerados/más fuertes ...

¿La pregunta es cómo aprendió la pequeña clasificadora este conjunto de procedimientos de catalogación? Obviamente no los aprendió en alguna clase escolar. De hecho, esta clasificación resulta de una extraordinaria diversidad de saberes que se acoplan para resolver el problema que la niña se ha planteado: está seleccionando —imagino yo— algunos chicos que le interesan y no quiere proceder tanteando y a ciegas. Sabe enlistar, escribir, puntuar, construir categorías de clasificación, ordenar, excluir de un conjunto, incluir y agrupar en un conjunto, construir un código... Pero sobre todo, sabe construir “datos” y procesarlos. Su hojita es una auténtica plantilla de procesamiento de datos.

Esos saberes diversos seguramente los ha fraguado y conquistado la niña

tanto en el mundo escolar como en el de las rutinas cotidianas no escolares. Esta *listica* es una auténtica invención de la niña. Un modo de computar y organizar datos, una hojita similar a una sencilla tabla de Excel. Y una elocuente confirmación de que la lógica computacional no está solo en los computadores, sino profundamente embebida y arraigada en la cultura cotidiana de muchas personas.

Lewis Mumford demostró cómo la mecanización de la vida precedió, de lejos, a la aparición de la máquina mecánica. El advenimiento y despliegue de la informatización no empezó con los computadores: terminó cuajando en ellos. Realmente comenzó a ocurrir

ayer como hoy en una niña que clasificaba y binarizaba el mundo como lo hace esta adolescente mediante listas de chequeo, jerarquización y discriminación.



Bo Derek, la mujer 10 de los años 1980.
Tomado de <https://bit.ly/3Bzj4LN>



■ El genio en la botella de arena

Hay que temerle al terrorismo suave de los sistemas de seguridad

Cali, 29 de julio de 2014

Los sistemas sociales producen roles geniales, situaciones en que las personas se ven impelidas a producir innovaciones continuamente. En condiciones de abundancia creciente, uno esperaría que ese tipo de roles creativos se multiplicaran significativamente. Artistas, científicos, inventores, ingeniosos creadores de juegos, innovadores de la cocina, fabricantes de drogas sintéticas, hacedores de perfumes, poetas de todos los tipos y layas, geniales desarrolladores de objetos bellos e inútiles.

Pero sabemos que, a la cola de la abundancia, también pueden prosperar en número y diversidad los roles y formas

estúpidas de trabajo. La estupidización de los empleos es, por desgracia, quizá mucho más profunda y generalizada en la actualidad de lo que imaginamos, justo en un mundo que celebra y auspicia la creatividad y la innovación como valores supremos. Y me temo mucho que buena parte de los empleos estúpidos del mundo contemporáneo tienen nombre, sello o forma de *labores de seguridad y control*. El siguiente ejemplo puede ser elocuente y sería cómico si no fuera porque «los asuntos de seguridad» suelen ser cejijuntos y ceñifruncidos. Cómico y seguridad solo pueden encajar en las bellas secuencias chaplinescas de

persecución policial o del Inspector Clouseau en *La Pantera Rosa*. En la vida real muchos asuntos de seguridad deberían dar risa, pero debemos ponernos serios si no queremos correr riesgos. Los expertos en seguridad no soportan las bromas. En el formato de entrada a Estados Unidos te preguntan algo así como «¿Lleva usted una bomba o explosivos? (sí o no)», y la pregunta da risa porque nadie que los lleve marcaría *Yes*. Sin embargo, el formato y la pregunta son *serios* como todos los asuntos de seguridad. Tienen los efectos legales de cualquier declaración ante un tribunal y, en consecuencia, si un bromista marca *Sí* queda incurso en un proceso legal, incluso aunque lo haga en mofa; y si realmente lleva una bomba y marca *No* entonces ha mentado y en caso de sobrevivir a la explosión del avión quedará incurso no solo en delitos de terrorismo, sino por falsedad al haber ocultado información y mentirle a una autoridad de la Unión Americana, y cosas así. Entonces, el formato de entrada a Estados Unidos (o a cualquier país *serio*) deja de ser cómico para revelar bien pronto su cariz siniestro y absurdo.

La maquinaria de seguridad es incapaz de detectar una actividad ilegal camuflada en un comportamiento normal, pero se pone en marcha en cuanto topa con algo que escapa a los patrones. Por ejemplo, es normal comprar con una tarjeta de crédito un perfumito. Pero si uno compra a) un perfumito en la web; b) un libro titulado *Parfums und explosive* (no importa que el subtítulo sea *Entzünden Erotik durch Geruch*, encender el erotismo a través del olfato/olor), y c) un tiquete de avión a, digamos, Nueva York, para el 11 de septiembre, inmediatamente

la NSA y sus sistemas predictores, sus *big data*, decidirán que el comprador es sospechoso de terrorismo. De hecho, estas notas que ahora escribo ya deben estar bajo el radar de alguno de sus potentes programas de rastreo (*Carnivore*, por ejemplo) dada la comprometedor articulación de términos que juntos son un poderoso y atractivo cóctel, la marca inequívoca del terrorista *in ciernes*.

Tengo una inocente y estúpida colección de botellitas con arena de las playas de mar que he conocido. No he conocido muchas, así que no son numerosas mis botellitas. El último día antes de regresar de vacaciones tomo mi botellita plástica y me voy a la playa, nostálgico, y me doy a la tarea de llenarla pacientemente con arena *souvenir*.

Los trabajos estupidizantes del mundo de la seguridad deben procurar algún tipo de resultados para justificarse. De otra manera alguien podría preguntarse por qué gastamos tanto en escáneres, vigilantes, cámaras, pistolas, uniformes, sensores, si en últimas no ha pasado nada. Entonces los *positivos* (un rufiancito capturado, un cargamento decomisado, una alarma que se activa por un hecho trivial, un paquete sospechoso que paraliza el tráfico, una efectiva incautación de armas) y los *actos de terror* (el 11 S en Nueva York, el 11 M en Madrid, el 7 J en Londres), es decir, aquellos que no fueron prevenidos por los sistemas de seguridad, alientan mayores inversiones y valorizan los propios sistemas y mecanismos de seguridad.

En una vieja maleta gris, de plástico, acomodé la ropa de mi compañera y la mía, dos juegos de mesa que llevamos a vacaciones, zapatos, dos libros y la botella plástica atestada de arena *souvenir*.

Basta con que un ciudadano común realice una acción no común y significativa para que la labor de los ceñifruncidos organismos de seguridad se ponga en marcha. Su éxito reside en que ganan si fallan —*ciudadanos, si con los actuales esquemas de seguridad ocurren estas cosas terribles, ocurren estas fugas, estos accidentes, estos atentados, estos actos de terror, imagínense qué pasaría si no contáramos con los resguardos y protecciones actuales!*—, y ganan si aciertan —*gracias a los sistemas de seguridad, la colaboración de la ciudadanía y las labores de inteligencia de las autoridades se logró identificar el lugar en que estaba dispuesta la bomba y se la pudo desactivar sin pérdidas de vidas humanas que lamentar.*

Al llegar a Cali el 27 de julio de 2014, casi a las 12 del día, una llamada por los sistemas de comunicaciones del aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón solicitó que mi compañera se acercara a uno de los mostradores de la aerolínea Avianca encargado de equipajes. En efecto, fuimos al lugar y nos atendió un joven amable y dispuesto.

«¿Señora Rocío Gómez? Gracias por atender nuestro llamado. Hemos tenido un pequeño inconveniente con su maleta». «Disculpe la molestia, atienda estas sencillas recomendaciones: es por su seguridad». «Este Centro Comercial dispone de cámaras de vigilancia para su protección». El lenguaje de la seguridad es serio. Y amable o gentil cuando quiere. Pero debajo de la seda, por supuesto, se esconde una pistola de choques eléctricos, un golpe táctico, una operación de despeje rutinario, el cacheo, la requisa y, cuando las cosas se salen de control, tanquetas, balas de goma,

chorros de agua o pesado plomo gris y sin contemplaciones. De un lado, las medidas de seguridad son, cuando menos, modos de control (en nombre de la seguridad, uno termina admitiendo que lo sigan, lo registren, lo numeren, lo vigilen, lo esculquen, le interroguen). De otro lado, esas medidas de seguridad constituyen, cuando más, auténticas formas de exterminio en potencia (uno sabe que lo pueden gasear, balear, golpear, torturar, desaparecer si las cosas se salen de control y se desmadran o si uno se resiste demasiado). En ambos casos, las medidas de seguridad tienen efectos disuasivos sobre los ciudadanos de pie, no sobre los ladrones, los «terroristas», los asesinos.

El hombre joven y gentil nos explica que el escáner encontró un objeto sospechoso en la maleta, una botella con un contenido extraño, y por esa razón no se la embarcó en el avión. Nos solicita escribir una carta autorizando a la policía para abrir la maleta. Nos pide la clave (la maleta de plástico, vieja por demás, tiene una inútil cerradura con clave de tres números: basta usar una palanca sencilla para hacerla saltar por los aires y abrirla. Pero claro, esa cerradurita con clave nos ofrece una leve sensación de seguridad).

Los sistemas de seguridad minan la resistencia de los ciudadanos mediante un procedimiento simple: hacemos concesiones que nos parecen menores, sin importancia o triviales. En nombre de la seguridad, ¿por qué no?, damos nuestros nombres completos, abrimos las maletas, respondemos pequeños interrogatorios, entregamos nuestros documentos para que sean inspeccionados, nos dejamos escanear, permitimos

que nos toquen, admitimos llenar formularios, dejamos que manipulen nuestras cosas. El poder contemporáneo es consultivo cuando corresponde y crudamente abusivo cuando *le urge proceder sin dilación*.

Escribimos la carta autorizándoles abrir nuestra maleta, requisarla, esculcarla, escarbar entre calzoncillos y calzones sudorosos, zapatos hediondos y libros despatarrados. En fin, les permitimos catearnos, examinarlos, abrirnos, auscultarnos. Al final de la carta escribí una notita, tibia señal de una resistencia de felpa: «En la maleta solo encontrarán una botella llena de arena de mar». (Faltó agregar *estúpidos*. Pero, como se sabe, los sistemas de seguridad son ceijuntos y ceñifruncidos, y si no admiten bromas, menos aceptan insultos y altanerías). Amablemente nos indicaron que enviarían la maleta a casa en cuanto terminaran de requisarla. No tendríamos que esperarla en el aeropuerto. Y ojo: les agradecemos el gesto. (Un joven ciudadano, digamos, de capas medias de la década del 60 habría gritado: «véte a la mierda, es lo mínimo que deben hacer por haber dejado mi maleta en Bogotá»). Pero nosotros, forjados en el régimen del cateo y la vigilancia de los 90 y lo que va del siglo XXI, fuimos tan decentes y dóciles que agradecemos.

En Guantánamo hay 166 hombres sospechosos de terrorismo, capturados en diferentes lugares del mundo. Hicieron tránsito por Europa con la anuencia, complicidad y franco auspicio de los gobiernos de la Unión Europea, y fueron conducidos secretamente hasta un destacamento militar en Cuba por las fuerzas de seguridad de los Estados Unidos. Este país es tan *serio* que, si los

internaba en territorio norteamericano, legalmente deberían ser llevados ante los tribunales, definir las causas de la detención, asignar procesos de defensa y concederles derechos que, en Guantánamo, los organismos de seguridad norteamericanos no están obligados a atender. Potencialmente, incluso, los responsables de su detención podrían quedar incurso en procesos judiciales complejos por secuestro, rapto y captura ilegal de ciudadanos si estuvieran en Estados Unidos. Sin embargo, *The Patriot Act* aprobado por el Congreso de Estados Unidos el 26 de octubre de 2001, a instancias del gobierno de George W. Bush, ha permitido blindar hasta cierto punto este tipo de procedimientos arbitrarios en nombre de la «Guerra contra el terrorismo». Los detenidos en Guantánamo no tienen abogados defensores. No cuentan con un tribunal que los enjuicie. No hay una causa definida para su detención. No tienen derechos. No están en ningún país ni en ninguna jurisdicción. Son, en sentido estricto, auténtico *homo sacer*, no tienen un régimen legal que los proteja ni límites definidos que regulen la actividad de sus captores.

No hay una causa definida para abrir nuestra maletita con arena de mar. Basta la sospecha. No hay una causa definida para que se ausculten miles de millones de datos por segundo en la Web. Basta la sospecha. No hay causa definida para detener a los hombres de Guantánamo. Basta con la sospecha. Y, como eventualmente, todos podemos tener comportamientos, rasgos, actos, gestos sospechosos, todos podríamos caer en una red kafkiana y absurda de controles y detenciones.

Hace unos años me recomendaron usar mi nombre completo y mis dos apellidos cada vez que comprara un ticket de avión, pues hay un narcotraficante buscado por la Interpol que es mi homónimo. Hay 250 mil entradas en internet bajo la etiqueta «Julián González», un nombre común y un apellido vulgar y corriente que nos convierte a todos los Julián González del mundo en sospechosos usuales. (Ya fui interrogado una vez en Bogotá por la homonimia y, claro, agradecí cuando me dejaron abordar el avión de Avianca). Gracias, gracias, gracias.

Hacia las cuatro de la tarde un taxi blanco llevó hasta nuestra casa la maleta incautada, el *falso positivo*. Agradecemos la diligencia del taxista y a toda prisa subí los 64 escalones que conducen hasta nuestra casa cargando 21,5 kilogramos de peso (2.346 gramos de arena húmeda embotellada incluidos). «Que no hayan dejado en Bogotá la botella, que no hayan dejado en Bogotá la botella, que no hayan dejado en Bogotá la botella, que no hayan dejado en Bogotá la...»

Con frecuencia, tras ser torturadas, masacradas, humilladas y brutalizadas, las víctimas deben firmar declaraciones indicando que los daños, quemaduras, desgarros, hinchazones, dientes rotos, fracturas fueron producto de lesiones autoinfligidas. Los perdonavidas te liberan y hay que agradecer. «Gracias, gracias, gracias por dejarme vivir. Gracias». Además, las víctimas deben comprometerse a no demandar, acusar, controvertir legalmente al organismo responsable de su detención. Bueno, al menos en esos casos en que la detención ha sido relativamente legal y a ojos vista.



Póster de *Los Sospechosos Usuales*, 1995.
Tomado de <https://bit.ly/3kSSoi6>

En los otros casos, cuando hay detenciones y desapariciones clandestinas, no hay manera de reclamar y no hay a quien agradecer.

Sin antecedentes penales, sin inclinaciones criminales, más bien bobalición y amable, sin historial de militancia y lucha política, siendo joven fui interrogado, cacheado, requisado y raquetado al menos unas 70 veces. Un joven negro, más bien pobretón y flacuchento, estudiante de universidad pública, juicioso, en decenas de ocasiones fui requisado por la policía a lo largo de la década de 1980. Imagino que millones de jóvenes como yo fueron sometidos a estos procedimientos suaves y benignos de control. Otros centenares y miles tuvieron peores destinos: tortura, desaparición forzada, apaleamiento, heridas por arma contundente, de fuego, cortopunzante,

seguimientos sistemáticos, acoso a sus familias y vecinos, interrogatorios brutales, desmembramiento y muerte. Como ayer, los jóvenes de hoy son, con frecuencia, sospechosos usuales a menos que tengan siempre una sonrisa Pepsi en los labios, una pose Facebook y una disposición golosa al consumo decente, esto es, desmedido a la manera de los bobalicones adolescentes *bien* de la Disney Televisión.

Hoy, canoso, con cara de profesor universitario, es rara la ocasión en que soy requisado, pero suelo ser interrogado por todo tipo de autoridades, empezando por los vigilantes en las porterías que me preguntan hacia dónde me dirijo, o por funcionarios de inmigración en los aeropuertos que quieren saber cuál es mi ocupación y de qué ciudad vengo de viaje, o por los oficinistas de bancos que necesitan saber cuál es mi salario o si tengo bienes inmuebles para respaldar un crédito, o por vendedores que me piden que *les regale* el número de mi teléfono celular o de mi cédula, o por el operador de un *call-center* que me solicita responder algunas preguntas para *validar* un procedimiento. ¿Qué pasaría si en cualquiera de esos casos me negara a contestar, me negara a firmar una carta autorizando requisar mi maleta, me negara a ser raquetado o escaneado o interrogado, me negara a decir el número de mi cédula o mi celular, me negara a responder hacia dónde me dirijo, o rehusara informar cuál es la

dirección de mi casa a efectos de validar el proceso? Obviamente se revelaría el rostro poco amable y gentil de los sistemas de seguridad: «Entonces no puede pasar, no se podrá despachar su maleta, no puede entrar, no puede ingresar al país, no puede subir al avión, no puede descender del avión, no puede permanecer en este recinto, no puede obtener la tarjeta, no puede obtener un cupo, no puede...»

Cuando finalmente abrí la maleta descubrí algo increíble: estaba intacta. No la abrieron nunca. No la tocaron. Les bastó la nota en mi carta indicándoles que se trataba de una botella con arena, ¡estúpidos!

Perdón. Gracias. Gracias. Perdón.

Hoy entiendo que, claramente hay riesgo de crímenes, ataques terroristas, bombazos, clonación de tarjetas, abuso, seguimiento criminal, etc. Pero es evidente que los sistemas de seguridad están usufructuando el clima generalizado de temor para catear, sin ninguna limitación, nuestros cuerpos, nuestros datos, nuestros registros, nuestras cosas, nuestras llamadas, nuestros gestos, nuestros actos.

Y ese es el más profundo, turbio, tenebroso y abusivo de los terrorismos. Y de la peor calaña porque se ha hecho tolerante, admisible y consentido. Consentir la intimidación es el efecto más profundo de esta forma de terrorismo.

¡Hey, perdón!, no lo digo en serio. Perdón. Gracias, gracias. Perdón.



■ Mutiladas

Extrañezas del paisaje urbano

Agosto 9 de 2014

Es sábado 9 de agosto de 2014. Ayer cayó sobre la ciudad un aguacero poderoso. Tres lloviznas menores lo habían precedido durante la semana, tras meses de verano seco y sediento. Estoy en Cosmocentro y al frente veo *Siloé* y sus *callecitas*. Es la esquina de la calle 5 con carrera 50: la carpa del Circo Chino de Pekín, últimas funciones, 2 por el precio de uno; la estructura maquina y prematuramente envejecida de lo que alguna vez será el teleférico que conectará por cable a *Siloé* con la estación central del MIO; la vieja Unidad Residencial Santiago de Cali, una de las primeras en convencer a toda una generación

de hombres y mujeres de clase media de que vivir apretujados en arrumes de apartamentos era mejor y más seguro que hacerlo en casas más o menos espaciadas.

Entonces vi una torcaza, de esas que hábilmente se han adaptado a las ciudades. Buscaba migajas desperdigadas en el piso de la plazoleta de comidas de Cosmocentro, entre 200 y 250 mesas para comer, una de esas maneras en que los centros comerciales han sabido reinventarse.

La torcaza solitaria me pareció simpóna y la seguí unos segundos sin más interés que llenar de sentido mi propia

espera. No tenía nada qué hacer. Y entonces advertí que le faltaban los tres dedos de la pata izquierda. Qué curioso. Quizá la imagen exacta de nuestra paz, un poco contrahecha y difícil. Por lo menos es más cierta y precisa que el desabrido icono de Santos hoy y el de Betancourt ayer: una paloma blanca e inmaculada. El signo chic que Santos adoptó de última hora al final de la campaña electoral de 2014, después de la derrota de la primera vuelta. Repartió miles de prendedores con la paloma entre los invitados a su posesión el pasado jueves 7 de agosto de 2014. La torcaza coja es nuestra paloma de la paz, la representación exacta de una tarea ardua y difícil de reconstrucción del país, de reparación de sus mutilaciones y abismos, de curación y sutura de heridas. La torcaza cojeaba con dignidad y le tomé algunas fotografías con el desastre de mi teléfono móvil.

Luego llegaron otras torcazas. Una de ellas grande, de las arroceras, una morada. En total se juntaron seis colúmbidos comunes, atragantándose de restos de comida.

Y entonces lo noté: cuatro de las seis torcazas están mutiladas. A una le falta un dedo en la pata izquierda; a otra, los dedos de las dos patas, es decir camina sobre los muñones; la tercera, dos dedos de la pata izquierda; y a la cuarta dos dedos de la derecha.

Estas viajeras de nuestros campos minados están allí ante mis ojos y me estremece la imagen. ¿Cuatro de seis? Vuelvo a contarlas y tomo nota.

No he leído en prensa un informe sobre el fenómeno. Llamo a mi hermano Robertulio González, biólogo, y le pregunto si conoce algún informe

ornitológico sobre el fenómeno en Cali o en Colombia. Me dice que no conoce ninguno, pero me sugiere que los hilos sintéticos que usamos para infinidad de cosas van a parar a las calles, a la basura, a la tierra y se les enredan en la patas. El saldo, quedan mutiladas luego de que las heridas se infectan.

Cuatro de seis torcazas.

No quiero ni pensarlo: ¿es una epidemia urbana?

Decido hacer un breve rastreo en Internet y lo que encuentro me asombra más. El fenómeno parece mundial. Encontré una página en Madrid sobre el tema: *Mis amigas las palomas*. Hay informes sobre el fenómeno en Londres, Madrid, Bilbao, Santiago, Nueva York... De hecho, hay una organización dedicada al rescate y cura de *palomas amputadas y aves* en Inglaterra (*Pigeon and Dove rescue*). Navegando por Internet en cosa de apenas algunos minutos comprendí que la pequeña torcaza a la que seguía para llenar de sentido mi espera no es más que una en la larga lista de externalidades de la industria de los hilos y fibras sintéticas, la misma industria que alimenta, entre otras, al poderoso negocio de los pañales, esa maquinaria de basuras y fibras sintéticas que van a parar a los vertederos.

Sé que son, de lejos, temas menos importantes que la desnutrición de los niños en Colombia, la brutal sequía en la Guajira, la amenaza del ébola y la carnicería israelí en Gaza...

... Pero ¿4 de 6?

Y todavía hay gente que cree que las cosas marchan a las mil maravillas.

De ahora en adelante, cuando algún ministro de economía, administrador de pacotilla, empresario emprendedor

y moderno, industrial aventajado, productor entusiasta y feliz de la economía global me hable de las maravillas de la economía mundial actual, una que se precia de ser cada vez más responsable en términos sociales y ambientales, me gustaría decirle: «Sí, muy bonito todo eso, señor Mauricio Cárdenas,

pero hágame un favor: tómese un tiempo, vaya a un parque y mire, por un momento, las torcazas de su ciudad. ¡Observe sus patas!».

¿4 de 6? ¿Es una epidemia de palomas mutiladas? Y los basureros a cielo abierto, mezcla de alimentos y fibras sintéticas, ¿son sus minas quiebrapatas?



■ No lugar

Del trabajo que borra las huellas y rastros humanos y se borra a sí mismo

Bogotá, septiembre 19 de 2014

El Chaplin de tiempos modernos no baila; el de los tiempos posmodernos, sí.

Millones de personas en el mundo hacen *no lugares*, reinos del anonimato, ejerciendo un oficio que barre y borra, y los emborriona.

Son las 11:31 p. m. El Aeropuerto El Dorado, Bogotá. Puerta 43. Un hombre joven, no más de 30 años, está a cargo de la limpieza de uno de los locales, una enorme vidriera, la de Studio F, el lucrativo negocio de ropas y moda inaugurado en Colombia hace 20 años. Vendió en 2011 3 millones de prendas y

facturó cerca de 290 mil millones de pesos. Dos años después, cosió 7,5 millones de prendas, facturó 378 mil millones y aspira en los próximos años a hacerse con unas 500 tiendas enclavadas en Brasil, México, Chile, Estados Unidos, Costa Rica, Panamá, Perú, Guatemala, incluidas las 108 colombianas. La vitrina, de unos 80 metros cuadrados, más grande que una vivienda de interés social, luce limpia y resplandeciente, pero requiere un pulcro y enérgico trabajo de aseo y pulimento para barrer y borrar la imperceptible huella de miles de manos que han tocado el vidrio, escupitajos y vaho, polvo y moco, gotitas de sudor, trocitos

de cabello. La tarea exige energía, ritmo continuo y algún divertimento para transformar una rutina mecánica y gris en algo mínimamente poético y decente. Y nada mejor que la salsa para electrizar una tarea sin encanto.

En un pequeño equipo de sonido, potente y claro, el limpiador empieza el meneo despachándose *Juanito Alimaña*. Meneo y trapo, meneo y aseo. Brillo y meneo. Una descarga continua de guateque entremezclado con salsa choque, reguetón, vallenato. Un palo de diez metros con microfibras en el extremo baila una danza de movimientos veloces y calculados. Perfectos. Este obrero del *no lugar* va a dejar impecable una vitrina que ya resplandece sin haberle pasado un trapo. Nadie podría detectar los microvestigios de grasa y mugre en la vitrina. Nadie que no sea el inspector a cargo de verificar la calidad del trabajo bien hecho y mal pago.

En la vitrina los trajes y colores de temporada: rojos, negros y blancos. La paleta cromática de la reina de corazones de *Alicia en el país de las maravillas*, apenas distorsionada por un par de chaquetitas y bluyines de mezclilla azul celeste.

Este Chaplin de los tiempos posmodernos está atrapado en una escena singular: de un lado, la gran vitrina de vidrio a pulir, y al otro, una enorme pantalla integrada por 16 televisores LCD por la que circulan, de manera repetitiva, una decena de videos de Studio F. Y el limpiavidrios va disolviendo la grasa, las huellas, las motitas de polvo, las salpicaduras de la vitrina. Luego avanzará hacia los destellos de la pantalla de video en que espejean modelos piñilargas y delicadas cargando —obreras ellas

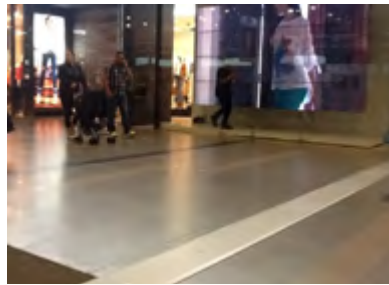
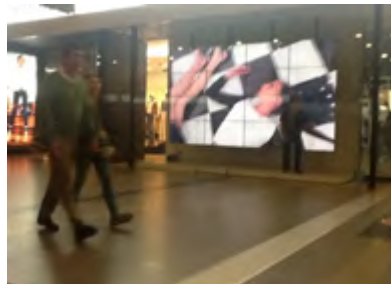
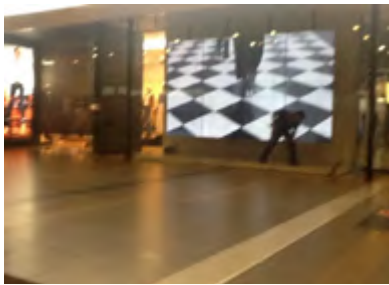
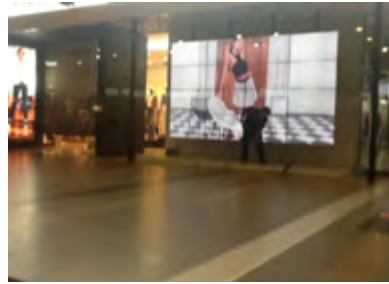
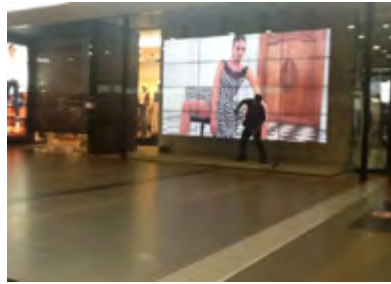
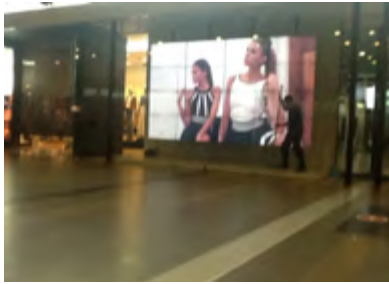
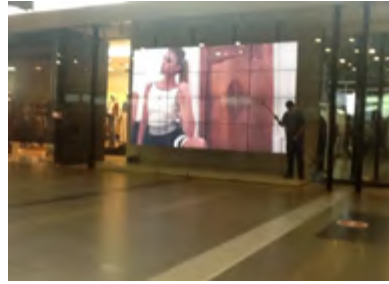
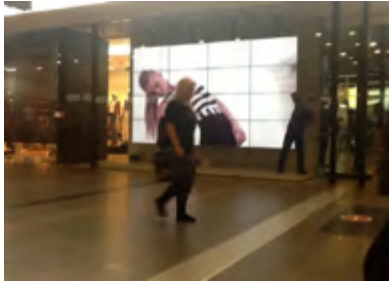
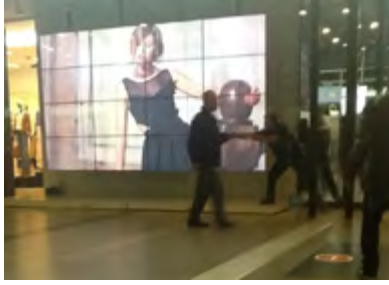
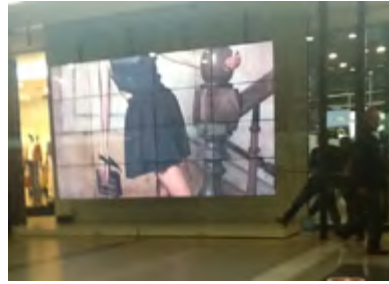
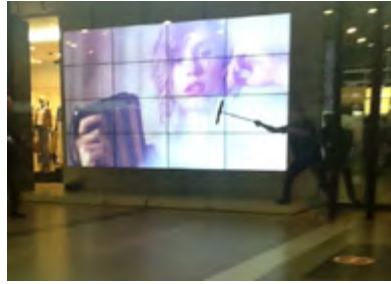
también— los trajes de diseñadores, obreros ellos también. Todos —diseñadores, videógrafos de Studio F, modelos, limpiavidrios— obreros de la apariencia, de los acabados, del pulimento. Los de allá, bien pagos, trabajan la segunda piel de las clases medias y altas del país; el de acá, el mal pago, trabaja la piel de vidrio en que se transparentan las otras pieles, las de los modelos, las de tela.

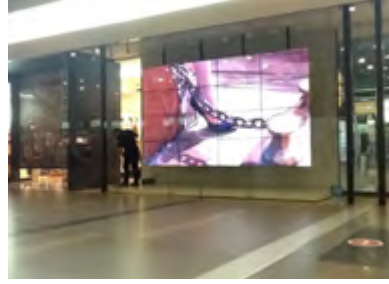
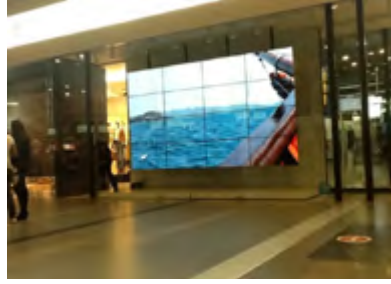
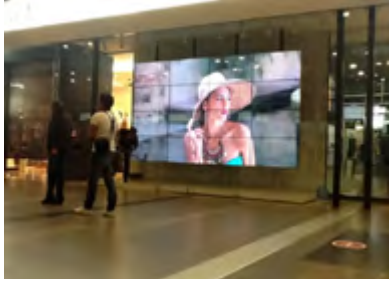
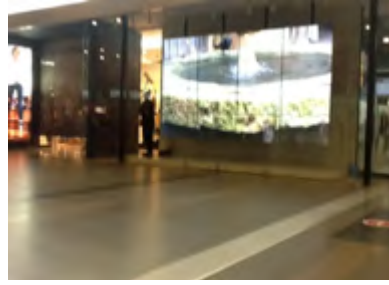
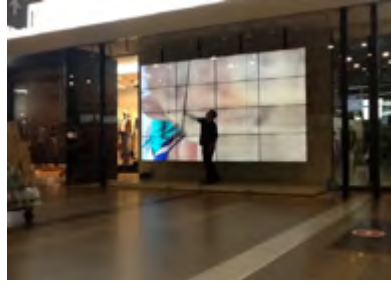
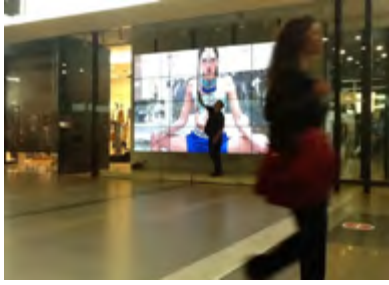
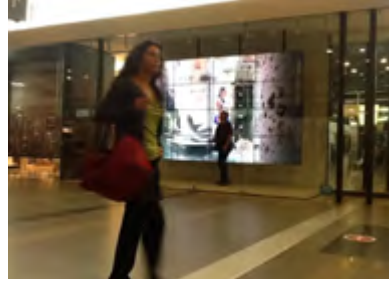
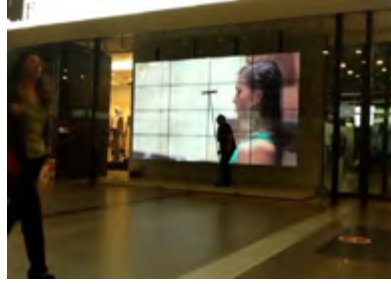
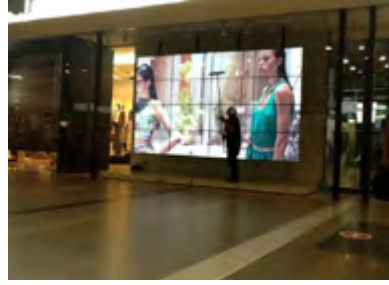
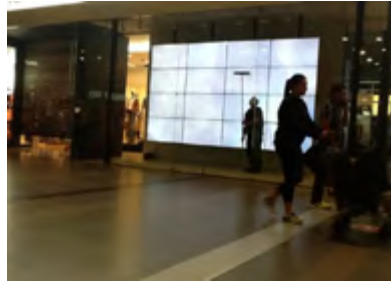
Impresiona entonces esta escena que emparenta al obrero salsero con el mudo fluido de videos Studio F, y con esta tienda de ropas que, iluminada a las 11:58 p. m, produce dos mil pesos por minuto. Para pagar el salario mensual de Chaplin, a la tienda le bastan 5 horas de ventas.

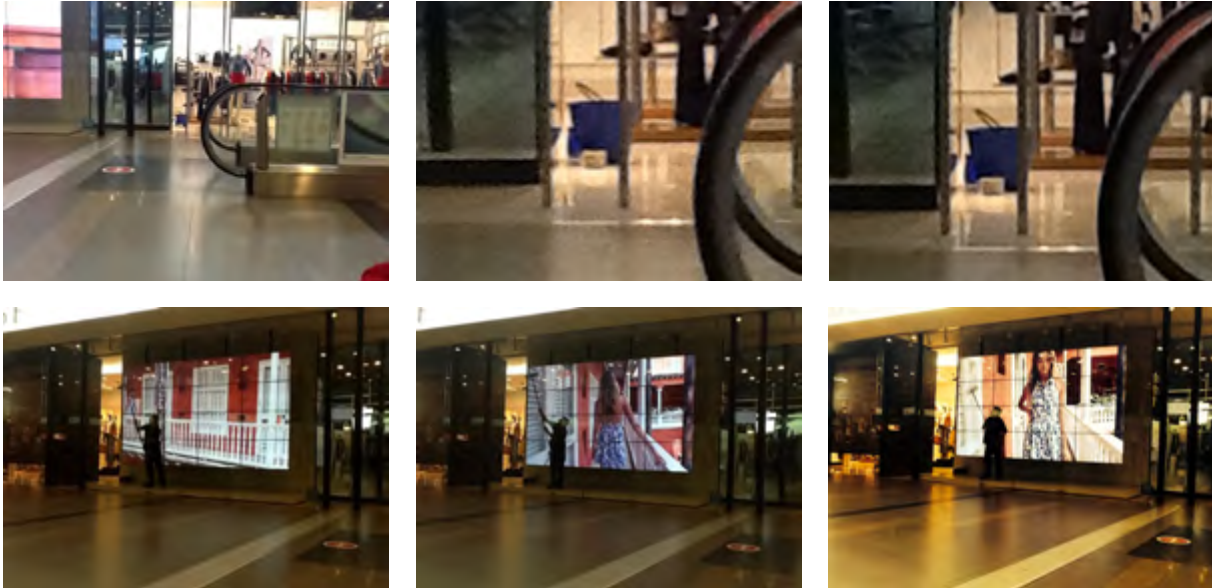
Casi 30 minutos de trabajo continuo y sostenido lleva el creador de *no lugares*, el borrador de marcas y huellas, el enlucidor. Toda la tienda está bajo cuidado de este hombre menudo, un viernes 18 de julio de 2014. Además de asear, está a cargo de aceitar la maquinaria para mañana: verifica que las persianas eléctricas se deslicen, y que las pantallas (vitrina y TV) sean *la región más transparente* del aeropuerto.

Doce movimientos de arriba abajo con el trapo de microfibras azul por cada celda de la gran pantalla. 12 movimientos en un poco más de 20 segundos. 16 celdas. Trabaja para ATESA, una empresa *outsourcing*.

Luego vienen movimientos en rollos, de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo, 32 círculos en remolinos sobre cada una de las cuatro celdas inferiores de la pantalla. Luego, pasa revista minuciosamente sobre las celdas que ha pulido, y va borrando aquí y allá imperfecciones pendientes.







En la esquina inferior izquierda, el pequeño equipo de sonido del bailarín.
Fotografías por Julián González.

Suena un reguetón, un *mix* de Joe Arroyo. Vuelve el baile y la fiesta del hombre solo. Son las 12:11 a. m. Ya es sábado 19 de julio, y todavía no termina.

Mi homenaje a este hombre que decidió rumbearse un trabajo que descarna y mecaniza.

Son las 12:40 a. m, y Chaplin sigue bailando.

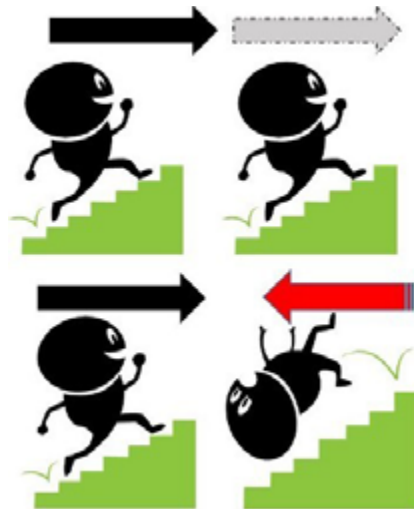


Imagen modificada de <https://bit.ly/3jEaG7q>

■ Somos crononautas cuando las cosas marchan, o viajeros sin tiempo, cuando se arruina el mañana

Leemos y anticipamos continuamente el futuro

Cali, septiembre 19 de 2014

No es cierto que vivamos en el presente. Incluso, no es cierto que estamos continuamente examinando el pasado. Lo que nos define es más bien nuestra orientación al futuro. Vivimos volcados en el porvenir. Anticipamos todo el tiempo. Somos *Homo anticipator*. Nos desenvolvemos sobre supuestos. Esos supuestos no son nada más que nuestras anticipaciones regulares. De manera automatizada y naturalizada damos por sentado que, aún sin verificarlo, las cosas estarán allí donde preveemos que estén, y que al mirar atrás no nos volveremos estatuas de sal, y nos mojará el agua en que sumergimos

nuestro cuerpo y sabrá dulce el caramelo que recién desempacamos. Caminamos la ciudad, conducimos un auto, giramos en bicicleta, y no experimentamos cambios emocionales significativos y súbitos a menos que haya algo que desafíe, de manera grave, nuestras expectativas y previsiones. Llamamos realidad ordinaria a la relativa estabilidad del tiempo previsto, a la muy moderada violación de nuestras expectativas futuras. Realmente vivimos tan embebidos en el futuro y sus previsiones que llamamos accidente e incertidumbre a esos lapsos en que el tiempo estalla y derrama imprevistos y fallas.

Imagine que, al volver el rostro, el computador en que escribe ha desaparecido. Solo medio segundo después de mirar atrás y, ¡insalabín!, se ha esfumado. El estremecimiento que usted experimenta en ese momento no es más que la confirmación de, hasta qué punto, vive cómodamente inmerso en futuros previstos.

Ahora imaginemos un segundo escenario: una ciudad sitiada y rota tras un terremoto. Cada quien intentando sobrevivir al desastre. En un escenario como ese, con todas las expectativas trizadas, la persona necesariamente permanece volcada en el presente, en lo inmediato, en el ahora. La angustiada visión del porvenir en ruinas, sin más tiempo que el presente inmediato, puede advertirse en la novela postapocalíptica de Paul Auster, *El país de las últimas cosas* (1987) o en cualquier relato de guerra. O en los relatos de exilio y desplazamiento. O en la charla de los empleados de una empresa que está recortando personal semana a semana. O en el de la persona desahuciada. O en las narrativas de los corredores de bolsa y la angustiada inestabilidad del valor de las acciones.

La diferencia entre la pobreza y la miseria es justamente esa: uno está en la miseria cuando han desaparecido todas las expectativas, cuando todo futuro se derrumba, y no quedan más que mojonos dispersos de presente. Y es bueno notar que el *estado de miseria* no está reservado necesariamente a los sectores más humildes. Amenaza incluso a aquellos que tienen empleos bien pagos, pero a destajo o precarizados.

El efecto más significativo e importante de la inseguridad (jurídica, política,

legal o delincuencial) es la erosión cotidiana de estas porciones de *futuro mínimo*. No saber si uno llegará a casa completo o no estar seguro de que mañana se repetirán algunas de las formas confortables del hoy, destruye el soporte real del presente: el futuro.

Los jóvenes universitarios recién graduados. Los bachilleres. El soldado que retorna de su año de servicio militar. El trabajador cesante. Todos experimentan alguna forma de supresión y predicción de futuros.

Las guerras extendidas, los desastres naturales, las crisis económicas generalizadas, los contratos flexibles, no hacen otra cosa que devastar las bases del tiempo, triturar las mínimas porciones de porvenir que permiten desanclarnos del presente. Si no hay dos días, dos meses, dos años, dos décadas de mañana sabido, el tiempo se hace discontinuo y leve, y la vida, sobrevivencia.

Entonces, el mañana estabiliza el hoy.

Este estado de cosas es uno de los efectos más notables y fascinantes de la modernidad. Cientos de millones de personas en el mundo viven como si hubiera mañana. Esa experiencia particular del tiempo, esa manera singular del tiempo, es una conquista genuinamente moderna. Todas las alarmas ambientalistas revelan cómo la amplia geografía del mañana, inventada por la modernidad, se ha hecho frágil. Y las alertas de la Organización Mundial de la Salud sobre futuras pandemias, la recortan más.

Y hay agencias y fuerzas muy interesadas en afectar esa frágil configuración del tiempo histórico, en achicar el tamaño y densidad del futuro, ya sea desencantándolo o banalizándolo,

pues cada vez entendemos mejor hasta qué punto el mañana es el real y poderoso modulador del presente. Sin mañana, el presente se hace frágil y manipulable. Los discursos del terror son munición efectiva de demolición de futuros. Y el miedo y el estrés generalizados, sus productos.

— ... Mamá: ¿hoy ya es navidad? — dice el niño, confortablemente habituado a un porvenir encantado.

—Todavía no —le responde la mamá resguardando para él las ilusiones del mañana. Porque el presente es flor cuyas raíces crecen en el futuro, y el tiempo— mañana es la luz que las colorea y nutre.



■ Breve celebración de la opacidad

Ni 'dark', ni brillante, ni transparente

Cali, noviembre 22 de 2014

Solo opaco. *Opaque is beautiful.*

¿Cuáles son las piedras preciosas?

¿El diamante?

¿La perfecta transparencia?

¿El oscurísimo onix?

¿El brillantísimo zafiro?

Permítanme celebrar la belleza opaca y abundante de las grises piedras de río.

Opaco es el trabajo gris, poco celebrado, pero fundamental de *los muchos, los callados*, en la tras escena de la historia. Opaco es lo borroso, lo inclasificable, lo turbio, lo que no se deja tratar maniqueamente en términos cristalizados y endurecidos como *bien/mal, oscuro/claro, positivo/negativo*. Fue turbia, y no transparente, el agua en que floreció la vida

hace 3.800 millones de años. Lo magmático de que habla Cornelius Castoriadis es *opaco*. Lo opaco se resiste al entusiasmado brillo de lo rutilante, a la luminaria del *show*, del espectáculo y sus lentejuelas. No se desgasta en la incandescencia. Pero también se sustrae a la falsa tristeza de lo *dark*, esa celebración superficial de lo oscuro, esa impostura, la aparente profundidad de los que se rinden antes de dar cualquier pelea, pues decidieron que el mundo entero es una *mierda* —a propósito, la mierda es opaca y propicia; al mismo tiempo peligrosa y rica en vidas—. A lo opaco tampoco le interesa la transparencia, tan celebrada por los corruptos que la promueven mientras



Diamante, tomado de <https://bit.ly/3jFXAH2>



Onix, tomado de <https://bit.ly/38EjtzW>



Zafiro, tomado de <https://bit.ly/3iDBeVN>



Piedras de río, tomado de <https://bit.ly/3AY1X6I>



Conexiones, tomado de <https://bit.ly/3mZUuiT>

saquean. Y mucho menos admite la invisibilidad o la minusvalía de los que se achican para pasar desapercibidos.

Lo opaco es la actitud de los tímidos, mudos, de los que vacilan porque no se creen ningún cuento y no tienen falsas certezas ni dogmáticas seguridades.

Los opacos tardan en responder porque no tiene respuestas formateadas ni consignas. Hablan una lengua balbuceante e insegura.

Lo opaco es la actitud de los incómodos y de los que incomodan. Son molestos justamente porque no terminan de cristalizar en algo: son espesos y nutricios porque descuadran y no parecen calzar en ningún lado. Son como el silencio, esa forma de opacidad que molesta tanto: los medios de comunicación no soportan el silencio. El amor *Hello Kitty* no soporta el silencio. Los políticos no soportan el silencio. Los cócteles ni las relaciones públicas soportan el silencio. La duda es opaca. También la pregunta. Los opacos prefieren callar. Son reservados. Es decir, tienen reservas —en todos los sentidos del término: almacenan, secretean, ahorran, protegen y dudan.

El humo tóxico es opaco y el vapor del café y el té. El cielo gris de las tormentas y lluvias por venir. La neblina es opaca. Opacos y húmedos son los sesos, y los fluidos de nuestras horas de sexo.

Opaco es el futuro y la memoria, esa maraña de hilos siempre prestos y dispuestos a ser retejidos y reescritos. Y opaco, casi turbio, es el momento en que abrimos los ojos tras dormir largamente o cuando descorremos el velo de las ilusiones y los engaños. Opaco es el instante en que dejamos de *crear* y empezamos a *crear*, estremeciendo desde abajo la inmovilidad y la certidumbre.



■ El despertar de la plenitud

Cali, enero 5 de 2015

I.
Kundera publicó en 2013 una *nouvelle*, *La fiesta de la insignificancia*, una mezcla bien atada de ideas sesudas, absurditos desparramados aquí y allá, hombres y mujeres al filo de la muerte, aburridos y tristes porque más o menos saben que ni de la desesperación se pueden salvar.

Evocaciones de infancia.

Sexo insustancial.

Puestas en escena teatrales que parecen sueños. Pesadillas que atormentan una y otra vez a algún personaje. Las pequeñas miserias y mezquindades de un par de intelectuales. Algunos atisbos a la (ahora) ridícula y cómica prepotencia

del estalinismo (ninguna mención a la nada ridícula y cruel realidad de la Francia apaleada por las crisis económicas).

Todo en *La fiesta de la insignificancia* cuadra bien. Todo está escrito con precisión relojera. Incluso hace clic, como un delicado engranaje, la secuencia final en que un cazador —evocación fantasmal de una fábula (en) que (se) recrea a Stalin— termina disparándole a decenas de estatuas de emperatrices francesas.

La revista *Arcadia* la incluyó entre las mejores novelas del año.

Disfruté esta nueva entrega de Kundera, pero algo en ella me molesta.

¿De dónde viene tanta depresión y tanta lágrima?

En la solapa del libro, un Kundera envejecido y carilargo. Y en la portada, una ilustración: un rostro picassiano, asexuado y tristón carga en la mano un ojo izquierdo. El dibujo es de Kundera. No hay ninguna escena llorosa en la novelita, pero todo parece pasado por agua y pañuelos como ese rostro aburrido.

II.

En Cali, como es usual en diciembre, se instaló el parque de diversiones o ciudad de hierro frente a Cosmocentro. River View Park, un amasijo de máquinas cuya materia prima no es el metal ni la electricidad, sino la aceleración (y sobre todo nuestra aceleración endémica: la fuerza de gravedad). En eso los parques de diversiones se parecen a los aceleradores de partículas, solo que, en vez de dispararles a protones y neutrones, bombardean y zarandean el cuerpo de las personas que, por demás, terminan por aprender una lección sencilla: para disfrutar el zacadón es menester entregarse a la máquina, dejarse arrastrar, aceptar la muenda, relajarse y caer, caer, caer y caer sin resistirse.

Cuando tomé esta foto, la tarde del 28 de diciembre de 2014, estaba sentado



Parque de Diversiones, Cali, diciembre de 2014.

en la pequeña plazoleta de comidas del parque de diversiones. Al fondo veía un aro inmenso con nombre ostentoso que me recordó a los aceleradores de partículas, solo que mientras uno cuesta cientos de millones de dólares y se llama simplemente ciclotrón, este aro gigante en el que una treintena de personas giran y giran hasta vomitar no cuesta más de algunas decenas de millones de pesos y tiene un nombre exagerado: Fire Ball. En la ciudad de hierro, la casita del terror se llama Dark Ride. El enorme péndulo, Ranger. Y así cada lugar de zarandeo tiene su rimbombante nombre de película o de supermáquina tipo *transformer*, aunque no sean más que desvencijados, retorcidos y ruinosos aparatejos baratos: Torre Super Shot, MiniDance, Barco Pirata, Cataratas...

En el medioevo se pensaba que una buena ración de zarandeos, pellizcos y sacudones restablecían el alma desequilibrada del alienado, del loco. Y a mi lado está precisamente una familia, dos mujeres sesentonas, una joven regordeta de veinte de años y tres niños que vuelven de disfrutar su propia ración estabilizadora. Pero no están locos. Son personas sencillas y esforzadas que atesoran cada peso para hacerse a esta celebración del cuerpo. Ellos y yo hacemos parte del 90 % de la población humana que se apropia el 20 % de la riqueza producida; todos vamos en el vagón de cola de un tren que se mueve a vapor y a palazos de carbón, mientras muy adelante va el otro, uno que vuela sobre soportes magnéticos, con el 10 % de la población humana restante y el 80 % de toda la riqueza.

Ya se gastaron casi los 30 mil pesos del Park Access, una tarjeta con banda magnética que permite usar los

entretenimientos del parque. «Abuela, yo quiero montarme más», dice la más pequeña del grupo, una niña de trenzas largas, 4 años cuando más. Deimar, un niño de 10 o 12 años la carga en sus piernas, mientras mira babeando el Fire Ball. Obeso y de rostro lindo y negro, luce un par de aretes de cristal, uno en cada oreja. La abuela le explica a la niña que la última entrada es de Deimar y que no hay más (estoy tentado de obsequiarles algo de dinero para que usen otras estaciones del parque, pero me abstengo porque no quiero pasar por un extrañío que los trata como limosneros y los rebaja). La abuela recibe una llamada en el teléfono móvil: explica a su interlocutor que el dinero se agotó. «Tengo 20 mil, pero son para los pasajes de la próxima semana, y no me han pagado todavía en el trabajo», le responde esta mujer a —me imagino— la mamá de los niños. Mientras la abuela busca en el bolso algún billete extra, Deimar se marcha a disfrutar su última ronda, El Barco Pirata, de donde regresará quince minutos después satisfecho y sudoroso.

Se marchan los seis a las 4.52 de la tarde.

III.

Me pregunto qué le puede enseñar Kundera a Deimar, a sus aretes de vidrio y su entusiasmo de Barco Pirata. Creo que muy poco.

—Deimar, la vida es una mierda, una pavada —le dirá el escritor.

—Para, para, para viejo Kunde —le dirá el niño—. ¿Tenés 3.500 pesos para cargar la Park Access? Quiero subirme a las Cataratas. Es que a mi *abue* solo le pagan el mes que viene.

—¿Y en qué trabaja tu abuela?

—No lo sé, pero trabaja todo el día de seis de la mañana a cinco de la tarde, y solo le pagan los viernes, en quincena.

Entonces el escritor se sonríe un poco, y Deimar insiste:

—Kunde, ¡*quiubo* pues! Solo necesito un euro tuyo pa' ir a las Cataratas.

Kundera se esculca la gabardina y encuentra 50 euros en un bolsillo de botones rojos y enormes. Antes de pasárselos a Deimar lo mira a los ojos, frunce el ceño, deja de sonreír y le advierte: «no te harán feliz».

Deimar se aleja, hace una prolongada fila donde recargan las tarjetas del parque y consigue negociar con el cajero 50 euros por 100 mil pesos. «Te ganás 45 mil», lo convence el niño mientras el cajero examina el billete a trasluz. «Me lo dio el *man* de allá —señala con el dedo a Kundera—. Dice que es escritor. Y parece que sí porque vive como en la luna, el pobre».

Regresa con un fajito de billetes, la Park Access recargada y un *cholado*.

—Solo una chupadita, Kunde, para que lo pruebe —le dice Deimar, mientras le devuelve el resto de dinero que el escritor rechaza pidiéndole que lo guarde, que se lo obsequia—. ¡Gracias, Kunde! Este *cholado* es rico, pruébalo.

Y Kunde lame un poquito y le gusta. Entonces quiere un poco más, pero Deimar lo detiene:

—Ah, ah... No, no. Pará, pará. Era solo un poquito. Esto no te hará feliz —se carcajea el niño—. Ya vengo. Voy de nuevo al Fire Ball, que tampoco me hará muy feliz.

Y Kundera ve alejarse al niño gordito.

Se burla de mí —piensa Kundera— mientras garrapatea alguna nota en

su cuadernito azul: «Apuntes para *El libro de la risa y el olvido (parte II)*: “Un niño negro atraviesa el River New Park sin detenerse a mirar al escritor que desespera. Anotación adicional: incluir una macedonia en la escena. Indicar que en estas tierras le llaman ‘chocado’ o ‘chorreado’ o... Verificar el nombre de este helado sabroso. Incluir una escena en que relato al niño la fábula de Stalin: quiero saber cómo Deimar reacciona a esta historia. Es un niño vivaracho”».

Cuando lo ve regresar oculta el cuadernito azul y abre *La fiesta de la insignificancia* en el pasaje donde recrea el relato de Stalin cazador.

Deimar se sienta satisfecho en una silla, frente a Kundera que suda a mares.

—¿Quiere que le traiga una infelicidad bien helada para que se refresque?

Kundera se ríe.

—No, no hay problema. Mejor me quito la chaqueta, ¿no? —La dispone con elegancia y cuidado sobre una de las sillas Rimax—. Imagino que disfrutaste la última atracción del parque.

—¿La última? No. Todas. Son buenísimas. ¿Quiere subirse a una? ¿O es que está muy *traquetiado* como para aguantar emociones muy fuertes?

—¿Qué quiere decir *traquetiado*? ¿Y podrías hacerme un favor? Me repites el nombre del helado que compraste.

Le explica que *traquetiado* quiere decir viejo, gastado, usado; y que el helado se llama «chocado»:

—Ce. Hache. O. Ele. A. De. O. Chocado.

Tras deletrearlo, Deimar le pregunta qué escribe en la libreta.

—Es una historia, aunque en este cuaderno a veces dibujo o escribo un

dato que me interesa. En otras ocasiones hago apuntes para nuevas historias. ¿Quieres escuchar una?

Deimar se sienta en la silla no muy convencido, pero se decide a atender el relato de Kundera. Al fin y al cabo, «el viejo ha sido todo un parcerero, ¿no? Se ha portado bien».

—Soy todo oídos, Kunde.

Y Kundera carraspea un poco y, ceremonioso, le lee la pequeña fábula de Stalin cazador:

Las veinticuatro perdices:

Después de sus largas y agotadoras jornadas, a Stalin le gustaba permanecer un rato más con sus colaboradores y relajarse contándoles anécdotas de su vida. Por ejemplo, esta:

Un día él decide ir de caza. Se pone una vieja parka, se calza unos esquiés, coge un fusil de caza y recorre trece kilómetros. De pronto, ante él, ve unas perdices en las ramas de un árbol. Se detiene y las cuenta. Hay veinticuatro. ¡Vaya mala pata! Solo ha llevado doce cartuchos. Dispara, mata a doce, luego da media vuelta, recorre otra vez los trece kilómetros hasta su casa y coge otra docena de cartuchos. Recorre una vez más los trece kilómetros hasta las perdices, que siguen en las ramas del mismo árbol. Y por fin las mata a todas...

—Fin de la historia, Deimar. ¿Qué te ha parecido?

—¿Y eso es todo? —se limita a decir el decepcionado Deimar—. ¿Y de esas cosas es que escribe usted?

Y Kundera tiene un breve estremecimiento de vergüenza, como si el niño

de los aretes le hubiera devuelto una imagen descarnada del *rey desnudo*. No sabe qué responderle y el azoramiento colorea sus mejillas. Los altoparlantes del parque de diversiones lo salvan del impase cuando suena la canción de moda en Cali, *el ras tas tas*, y un Deimar electrizado se pone de pie de un salto.

—Es *salsa choque* —dice el pequeño, que comienza a bailotear con un vigoroso y demoledor sentido del ritmo. ¿Cómo es posible que ese niño gordiflón se mueva descuadernando el cuerpo, haciendo que sus pies sigan la melodía mientras sus brazos se balancean con cadencia y las caderas se mecen precisas cabalgando sobre el golpeteo? Kundera está fascinado—. ¡Párese y le enseño! —indica Deimar mientras lo hala de un brazo.

Renuente e inseguro al principio, Kundera cede a la persistencia del niño y un instante después se ve a sí mismo intentando levantar una pata, menear las caderas, alzar los hombros, doblarse, arquearse, mover los pies como hace el pequeño. Quiere para sí esa contagiosa y embriagada celebración de la música y el cuerpo. Quiere esa habilidad para mezclarse con la salsa y entregarse al vértigo del ritmo. Quiere un poco de esa alegría carnal y estridente.

—¡Demonios!, eres un *tanečník*, un bailarín, un prodigio.

Kundera alcanza a calibrar la enorme distancia entre el tempo de su cuerpo y el de ese niño que maniobra entre la música como suspendido sobre millones de hilos y resortes transparentes.

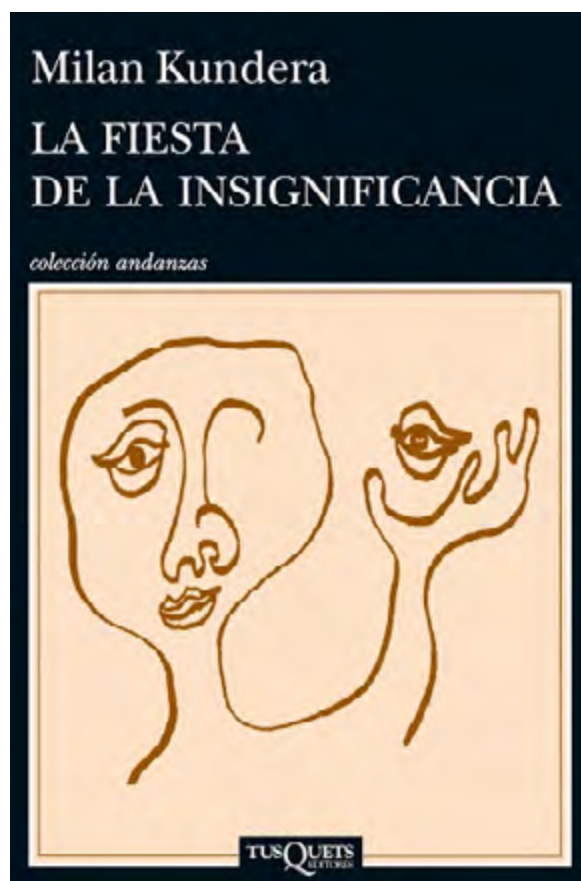
—Y eso que Fercho, bailaba mejor que yo —le dice Deimar.

Kundera toma nota en su cuaderno azul: «A Fercho (Fernando), primo de

Deimar, lo mataron en su barrio. Eso me cuenta. Dice que tenía doce años. Pelea de pandillas. La Estrella Dorada (barrio San Luis) vs Los Mosca (barrio El Troncal). Dos puñaladas. Deimar dice que vio quién lo hizo, un tipo al que le decían ‘el enano’ (le decían porque lo mataron meses después a balazos en la plaza de mercado Santa Elena)».

—Y claro, nos tocó perdernos a todos, toda mi familia tuvo que salir del San Luis. Es que nosotros no somos como las perdices de su *estalin*, ¿no? ¡Nosotros sí, de una, a volar!

Kundera completa los apuntes en su cuadernito azul cuando ve a Deimar



Portada del libro *La fiesta de la insignificancia*, Milan Kundera.

perderse entre la gente luego de despedirse con un sencillo apretón de manos: «Me dijo que dejara la pendejada y que yo estaba muy viejo para andar lloriqueando y aburrido de la vida. “¿Sabe qué, mijo? ¡Cómprase un cholado y súbase al Barco Pirata, baile más, porque si no un día se lo lleva la que lo trajo y ni se da cuenta de que estuvo aquí!”. Eso me dijo Deimar.

Y sí: realmente, son deliciosos los cholados».

IV.

—¿Y de esas historias es que escribe usted, viejo Juli? —me dijo Deimar en un sueño, anoche.



Milán Kundera: n. Brno, 1 de abril de 1929: m. Cali, 12 de enero de 2019.

Cholado o macedonia.
Tomado de <https://bit.ly/3kSmjXJ>



Fotografía por Natalia Cárdenas

■ Memoria

Cali, enero 15 de 2015

Me robé esta imagen: la tomé del álbum de Facebook de Natalia Cárdenas. Cuando la vi sentí un estremecimiento decidido y franco. No sé de dónde proviene ni de qué se trata esta imagen, pero en un instante supe que es la mejor representación de la memoria que he visto en toda mi vida. Todo en esta imagen está abierto a las evocaciones y a las equivocaciones. Y así funciona la memoria.

¿Hay luz en la escena? Claramente sí. Basta con ver las sombras y los destellos en los marcos. Pero no es una luz resuelta. Parece venir de ninguna parte y hay algo saudade y umbrío en ella. Es una luz sigilosa y caprichosa. ¿Y esos seis marcos? ¿Qué hay en ellos? ¿Vestigios de credenciales y diplomas?

¿Fotografías arrancadas de su sitio por una mano furiosa o triste? ¿Notas y stickers de oficinista? ¿Se trata más bien de viejos espejos? ¿Un dibujo infantil, a mano alzada?

Sin duda es una fotografía polícroma y actual, y, sin embargo, parece un estampa sepia y avejentada.

Señores psicólogos y neurocientíficos: ¿qué es la memoria? Mírenla, conózcanla de cuerpo entero en esta fotografía. Se las presento. Por una única e irrepetible vez se dejó retratar.

Memoria. Memory. Mémoire. Gedächtnis.

Es el espacio en el que se depositan cosas en un orden y secuencia que no controlas, pintado de colores extraños, y engastado de emociones turbias (una

alegría lacrimosa, un dolor del que gozas, una escena infantil repleta de dulces que te asusta, una derrota que celebras). La memoria son esos seis marcos y el muro que los soporta. Uno de los marcos, para las cosas del trabajo, otro para el retrato personal, el espejo en donde uno se malrefleja; aquel, para la cambiante genealogía familiar; el de más allá para los dibujos infantiles y las tretas de la niñez; ese, el más grande y en el centro, para los amores que cuajaron, los

que no cuajaron y los que te descuajaron. También allí, en el más grande, van las nostalgias del porvenir, los estremecimientos de lo que pudo ser y no fue. Y el de más abajo, el más pequeño de los seis marcos, el más poderoso por demás, sirve para achicar lo que —siendo enorme, pesado e insoportable— necesitas desactivar para poder vivir. Es el abismo, el tragaluz, el túnel. La máquina de las negaciones. La amnesia.

Gracias, Natalia, por la escena.



Hermandad del sueño

Postales del ayer

Cali, 26 de octubre de 2012

Se llama Aracelly Cuero y es negra y debió ser bella. Ahora no lo es tanto. Quiere colgarme una lápida al cuello. Me explica las ventajas de comprar ahora la tumba en que dormiré mañana. Me cuenta de un viejo padre, hacendoso, bonachón y generoso, preocupado por su familia y el destino de sus hijos. Se aseguró de todo: de una educación decente para ellos, una casa comfortable para la amada, un autito durable y económico. Y luego se murió. El hijo mayor, calculadora en mano, comenzó a hacer cuentas. Conclusión: al pobre viejo lo cremaron y ese mismo día, para no tener que lidiar con el polvo, el calculista lo regó a lo largo de un potrero en la

recta Cali-Palmira. Todo para ahorrarse un poco menos de dos millones de pesos. Con esta parábola, Aracelly quiere alentarme a que compre mi lápida y yo le digo que lo voy a pensar, que quizá en enero, que voy a conversar con mi amada y mi almohada.

Ventas para dummies: cuando el cliente aplaza la compra está rechazando la compra. En ese instante es indispensable introducir una nueva oferta, antes de que se cierre la ventana de oportunidad.

«Don Julián», me dice Aracelly, «si no le interesa este plan le ofrezco otra propuesta que no va a rechazar». Y se despacha con la posibilidad de que arrende

a quince años un lote. Y me desgrana todos los servicios y los beneficios de la oferta y la variedad de alternativas de pago y lo bonitas que son las materas a la vera del camino, en el cementerio; y me explica que en caso de muerte violenta (accidente, asesinato, suicidio) no se puede cremar el cadáver, por lo tanto, es bueno tener un lotecito. Y entonces le digo que la llamaré.

Ventas para dummies: el cliente que se compromete a llamar tiene sentimientos de culpa. La culpa es una veta que trabajar cuando aparece en el comprador potencial.

Me habla de mis hijas y yo le pregunto de sus hijas. Y queda claro que debo pensar en ellas y en mi amada y en resolverle el problema a la familia.

Y de repente me veo a mí mismo rígido, hecho carne de buitres y gusanos, y se me entrecorta la respiración.

Aracelly se despide por fin. «Piénselo, Julián; piénselo».

Esa noche soñé con una nave extraterrestre que cruzaba los cielos agrisados de Cali. La enorme nave tenía forma de guitarra eléctrica.

Y al despertar me dije: «Para qué pensarlo, Aracelly, si, a la postre, todos vamos a terminar siendo abducidos».

La enorme guitarra giró 130 grados antes de posarse sobre Juanchito, y una larga y vibrante descarga de salsa abrió con un Cali Pachanguero sinfónico. Exquisito. Era medianoche del 28 de diciembre y hasta los roncadores de sueño pesado se despertaron con la piel erizada de dicha y con ganas de bailotear. Y bailoteando se levantaron y bailoteando caminaron fuera de sus casas. Y como alados comenzaron

a flotar hacia la guitarra aérea que se los iba devorando, uno a uno. Ana Milé, del Grupo Niche. Un vestido bonito, de Guayacán. Periódico de Ayer, de Lavoe. Rebelión, de Joe Arroyo. Calle Luna, Calle Sol, de Colón y Lavoe. Fuego en el 23, de la Ponceña. La fiesta de Pilito, del Gran Combo. Conciencia, de Santarrosa. La boda de ella, de Estremera. Químbara, de Celia Cruz y Tito Puente. Lo mejor de la salsa derramándose sobre toda la ciudad.

Cuando los primeros arreboles de la mañana despuntaban, la pachanga celestial cesó con los últimos compases del Sonido Bestial, de Ray y Cruz, y la guitarra ascendió en línea recta hasta disolverse en un jueguito de luces rojas y verdes más allá de los Farallones, con más de dos millones de caleños vientre adentro.

En Cali solo quedaron el maullido de los gatos abandonados y la brisa dulce de las cuatro de la tarde. Y los siete ríos, que a falta de gente se desbordaron hasta sumergir la ciudad entera en lodos y correntías.



Sobre el pueblo, Marc Chagall (1918).

Vista desde lo alto flotan sobre la ciudad cientos de remolinos de basura, muebles rotos, autos bocarrriba, vestidos nuevecitos de la última temporada Fallabella, y la escultura Jovita Reina Infinita, de Pombo.

Pesadamente, y sepultados para siempre, están en el fondo del fondo la Tertulia, los pianos de cola del Conservatorio, los anaqueles y archivadores de bibliotecas y oficinas, el plomo de las balas y las cajas fuertes repletas de títulos valor, joyas y lingotes. Algunos perros se aferran a algún pedazo de icopor o a un tronco extraviado, y junto a torcazas, asomas y pechiamarillos, serán los herederos de la Sucursal del Cielo cuando, pasados los años, las aguas cedan y el hedor mortecino amaine.

—¿Y ese fue el sueño? —me pregunta la Dra. XXX, mi psicoanalista.

—Sí, doctora, más o menos así fue. O al menos eso es lo que recuerdo.

El silencio breve se hace ancho, y tras *ancharse* se hace incómodo. Entonces me confiesa, un poco preocupada, que seis pacientes más le han contado, esa semana, exactamente el mismo sueño.

—Raro, ¿no? —me dice.

—Bien raro —le digo. Y tras otro silencio ancho, agregó: —Bueno, quién



Monumento a Jovita, Cali.
Tomado de <https://bit.ly/38CDdEz>



Imagen Sueño.
Elaborada por Julián González.

se iba imaginar que tendría hermanos de sueño, ¿no?

Y nos reímos.

Al menos yo recuerdo haberme reído. O quise reírme. O me reí, aunque no quise. En fin: quisimos reírnos, pero la cosa salió maltrecha y forzada.



■ Cambray

Postales del ayer

Cali, 25 de octubre de 2012

Cambray. No me gustaba mucho el cambray que hacía mi tía Laura en Robles, un dulce delicado y nada empalagoso amortajado entre tortitas o panes negros. Tampoco me gusta la poesía de Cambray, un hombre negro como yo que día a día, frente a la Universidad del Valle, vendía trozos fotocopiados de versos, a veces apenas dos frases, que la primera vez sorprenden, a la segunda entretienen, a la tercera aburren y a la cuarta desalientan.

ERES El amor prenda del alma.

¡ERES acaricio de estrellas en el alma del mar!

Decían que en Colombia solo dos personas vivían de su obra literaria: Gabo y Cambray. Ambos se murieron. Pero en aquellos días, octubre de 2012, algunos le daban una moneda o dos, más intimidados por él que convencidos de su poesía. Otros lo hacían por hábito o genuino afecto. Y otros, como yo, se las dábamos porque sí.

Pero empecé a dárselas con honesta admiración cuando descubrí en dónde residía el gesto poético por excelencia de Cambray.

Al frente de la universidad está el centro comercial Unicentro y de camino a esta megamáquina de ventas es

posible encontrar varios puestitos de dulces, minuterios de telefonía móvil, una frutería y un par de paraderos de buses. También una caneca pública y acerada para la basura. Hice la siguiente prueba durante meses. Compraba los destrozos poéticos de Cambray (fotocopias mal recortadas que el hombre le entregaba a uno) y luego me iba caminando hasta Unicentro contando los pedazos de papeles que encontraba tirados en la calle: 28, 46, 12, 23, 59... 19, 26, 54. (Un día casi me atropella un carro durante el conteo). 24, 17, 34, 39, 21, 19... Luego revisaba el bote de basura por encima: publicidad, empaques de dulces, restos de periódicos, tiquetes, tarjetitas y almanaques pequeños,

brillantes y relucientes catálogos de teléfonos celulares, un billete de dos mil pesos, servilletas...

Nunca encontré en la calle o en el bote ni uno solo de los trozos poéticos de Cambray.

Imagino que tras su muerte varios los descubrirán entreverados entre sus libros, al fondo de sus maletines, arrumados en sus billeteras, en un cajón del peinador. Quizás, separando un cancionero o una antología de poesía. O derrotados, descoloridos y lavados en el bolsillo trasero del pantalón.

Es bello saber que entre toneladas de basura no había restos de su poesía, aunque fuera mala.

Gracias, Cambray.



■ Que viene el viento

Postales del ayer

Cali, 22 de octubre de 2012

Días de lluvia

Las libélulas son vestigios de la delicada transición evolutiva que le permitió a la vida escapar del agua, tantear el aire y conquistar los vientos: son pecesitos que vuelan.

Son las 5:26 P. M. y si les dijera que en Cali hace frío, uno que cala los huesos, simplemente creerían que miento. Pero en el oeste, en la parte más elevada de la ciudad, corren vientos que sacuden los árboles, templan cuerdas de energía, estremecen ventanas y desparrraman arena, polen y polvo como brisa huracanada a orillas del mar. Y es un viento helado que se descuelga de Los Farallones, y abate y entristece como la tramontana.

Justo ese viento que se cuele aquí y allá, laborioso en su empeño, incesante en su trabajo, terminó haciendo su trastada. Empezó a conspirar quizá en agosto con los calores de infierno que durante meses han venido cercándonos y escribiéndonos en la piel el mejor testimonio de que el cambio climático llegó para quedarse y, si puede, exterminarnos. Entonces el viento pescaba las cometas y se las robaba cuando podía. (¡Lástima!, en estos tiempos ya no hay sombreros, o si no veríamos en el cielo un escena naïf y juguetona de cometas y sombreros clavándose amores unos a otras, otros a otros, unas a unas, otras a unos, y viceversa y al revés; una

orgía políticamente correcta e incluyente que dicen.)

Y en mi casa hay un acuario cuajado de peces dorados y gupis tornasolados. Y caracoles. Muchos caracoles. Y unas algas que se mecen cuando el viento encrespa las aguas.

Y ese día, el viento empujaba nuestra ventana y nuestra puerta, y nos divertía verlo cerrarlas con violencia, rizando las cortinas, revolviendo las hojas de papel o esparciendo las cenizas y pavesas de los incendios en las Tres Cruces, Cristo Rey, el Mortiñal. Ya había dicho que era agosto y en ese mes los conspiradores



Cometas en el Makar Sankranti, festival hinduista celebrado en India y Nepal en las primeras semanas de enero.



Fotomanipulación de Sarolta Ban.

se las arreglan aquí y allá para preñar a punta de fuego todo reverdecer, para dejar pelados los suelos y cerros, limpios de cualquier ilusión reforestadora, porque *¡aquí lo único que puede crecer, señores y señoras, son edificios de seis millones de pesos el metro cuadrado!*

Y en septiembre ese mismo viento sembró lluvias aquí y allá. Y empujó con más fuerza las ventanas, las cortinas, las ramas de los árboles y las paredes de mi acuario.

Entonces, ayer, cuando escribía algunas notas y apuntes sobre cualquier cosa, sobre el viento que empuja ventanas o que templea cometas o que arrastra el polen o que asalta las faldas o que se cuela entre los dedos o que hace crujir los huesos o que destroza las flores, una cascada ruidosa saltó de mi balcón como si un río sin origen se hubiera desprendido de la nada, de las alturas, y con el río corrió mi perro, horrorizado como cuando avanza un temblor, y yo corrí con él sin saber lo que pasaba.

El viento había desprendido una de las paredes del acuario para liberar a mis peces que boqueando agonizaban en el piso de abajo buscando el agua. Y arriba, sobre el piso del balcón saltaban las bailarinas doradas y los gupis y el corroncho y el camarón de cristal y decenas de pececitos de apenas una semana de nacidos. Las algas estaban por allí desparramadas, quietecitas y vencidas.

Salvé doce de treinta y seis peces. Sobrevivieron el caracol y las algas.

Proverbio Twitter, acerca de la condición indómita del viento (no más de 140 caracteres).

Pregunta: ¿cuántas personas se necesitan para dominar el viento?

Respuesta: Las que el viento decida y quiera.



Vista actual del acuario resucitado. Enero de 2015.
Fotografías por Julián González.



■ El árbol

Febrero 16 de 2015
Cali, Urbanización El Aguacatal.

Se desnuda de todas las hojas a finales de enero.

En cuestión de semanas transforma la tierra, el agua, el viento y el fuego del sol en un cementerio de hojas y flores que oculta sus raíces.

A sus pies crecen las flores de antes de antier, los frutos de antier y las hojas de ayer. El árbol que fue, el recuerdo de sí mismo, alimenta al árbol de hoy.

Luego, en un parpadeo de pocos días (menos de cinco), al menesteroso le ale-
tean hojas nuevas. Por eso los botánicos

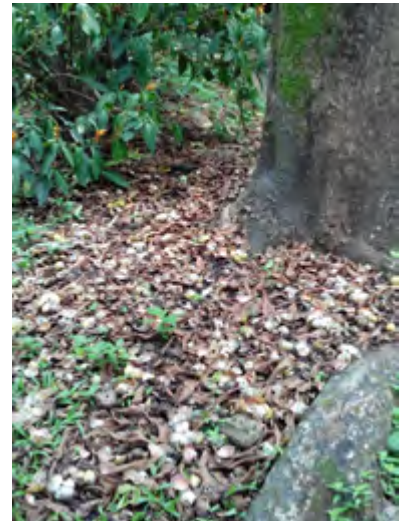
lo califican de *perennifolio* (de hojas duraderas o permanentes, siempreverde, de follaje persistente) en contraste con los *caducifolios* (de follajes que caducan y envejecen).

Y apenas una semana después, ya luce lentejuelas y esmeraldas.

El magno se enseñoorea.

Los frutos en el tronco son cosecha del último florecimiento, el de octubre de 2014.

¿Cómo es posible pasar de la ausencia casi total a la plenitud en tan solo 8 o 9 días?



2 de febrero de 2015.

Los vestigios de la última desnuda-
ción, la que empezó a mediados de
noviembre de 2014.



7 de febrero de 2015.



14 de febrero de 2015.



14 de febrero de 2015.



Es el dueño del paisaje.



Su majestad.



16 de febrero de 2015.
Todas las fotografías por Julián González.



16 de febrero de 2015.

Realiza tres veces al año el ciclo completo: desnudez casi total, foliación de vértigo, floración festiva y producción de frutos sin pausa. Algunos generan hasta mil flores por día. Entre 4% y 6% de las flores cuajan frutos. Sus frutos tardan 12 meses en madurar, y alimentan a pecaríes, cerdos, gallinas, tortugas, patos y micos.

Y lo mejor está por venir. Mañana, apenas unas pocas semanas después, le lloverán flores aromosas y dulces. (Habrán nuevas fotografías entonces).

Los botánicos le llaman *COUROUPITA GUIANENSIS*. Yo prefiero decirle sencillamente *su majestad*. Los botánicos lo clasifican en la familia *Lecythidaceae*. Yo, sin más, lo considero de mi familia, mi amigo, mi pana, si a *su majestad* no le molesta. Los botánicos lo incluyen en el género *COUROUPITA*. A mí en cambio me parece que a *su majestad* le importa un reverendo reverendísimo nuestra dramática taxonomía de géneros. Si le preguntaran seguramente respondería: *¿Que a qué género pertenezco? Al de la exhuberante vida*. Los botánicos lo

incluyen en la especie *Couroupita guianensis*. Pero me temo que su majestad preferiría considerarse especie en vías de extensión.

Las personas lo llaman Taparón, Bala de cañón, Castaña de macaco, Maraco, Granadillo de las huacas o Coco hediondo (una exageración, pues su fruto emana aroma de tierra húmeda y fértil, rica en fosfatos y presta a parir). Si a olores vamos debería llamarse flor de miel o flor de vida o flor de ángel pues su perfume alegra las noches y días como el azahar.

A *su majestad* le polinizan murciélagos y abejas, y se lo venera entre los hindúes (sus flores recuerdan la forma de nagam o serpiente sagrada) y suele crecer abundante alrededor de los templos de Shívá, según informa Wikipedia. Las flores, corteza y fruto tienen propiedades antimicrobianas y fungicidas. Y sus extractos son eficiente pesticida natural.

P/D Y, por supuesto, a *su majestad* sublime lo volveré a fotografiar cuando le vengan las flores.



■ Su majestad y las flores

Cali, 1 de abril de 2015

Después de la abrumadora andanada verde, a su Majestad le han madurado las hojas, se han hecho cada vez más oscuras y serias. Pero para que no quede duda de su espíritu festivo a lo largo del tronco le siguen creciendo flores y más flores, y a las flores les crecen abejas y más abejas diminutas, como destellitos de luz que van de aquí para allá entretejiendo hilos de plata.

A los que suelen hablar de la naturaleza como si fuera un sistema de reglas más o menos definitivo y claro, a los que insultan a una mujer que abandona a sus hijos llamándola «madre desnaturalizada» (no he oído nunca la expresión «padre desnaturalizado»), a quienes suelen afirmar que «no es

natural» actuar de tal o cual manera, déjenme mostrarles lo que dice su Majestad:

«Se me antoja sacar flores desde el tronco y no desde las ramas, ¿y qué?»

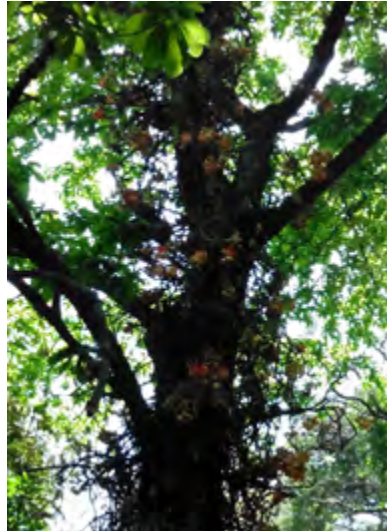
Cali, marzo de 2015

Y dice, además, «se me da la regalada gana hacer brotar flores allí donde casi empiezan mis raíces...»

«¡Y qué si decidí hacerme un collar de flores que espantan la muerte!». Eso dice su Majestad.

Marzo de 2015

... En unas pocas semanas, su Majestad empezará a desnudarse completamente y dirá «¿y no es más bella la piel pelada y sin carga luego del juego de máscaras y farsas?»



Cali, 21 de febrero de 2015.

Cali, marzo de 2015.

Que no quede duda: es absurdo poner a la «naturaleza» como criterio de juicio y sería corrección, pues justamente todos los días la vida «natural» nos ofrece pruebas y más pruebas de que procede y actúa juguetona y desnaturalizadamente.

Varela (1992) sugiere que la diversidad evolutiva de la vida proviene de una mezcla matizada y variada de libertades y restricciones, expresada bellamente en una elegante definición que privilegia la *persistencia* de una deriva evolutiva más que su *adaptación óptima, exitosa y abundante*: «pasar de una lógica *prescriptiva* a una lógica *proscriptiva*, es decir, de la idea de que “lo que no está permitido está prohibido” a la idea de que “lo que no está prohibido está permitido”. En el contexto de la evolución,

este desplazamiento significa que eliminamos la selección en cuanto proceso prescriptivo que guía e instruye en la tarea de mejorar la aptitud. En cambio, en un contexto de darwinismo proscriptivo, la selección opera aún, pero de manera modificada: la selección desecha lo que no es compatible con la supervivencia y la reproducción. Los organismos y la población ofrecen variedad; la selección natural garantiza solo que aquello que persiste satisfaga las dos restricciones básicas de la supervivencia y la reproducción» (Varela, Thompson, & Rosch, 1992, págs. 227-228)¹.

Pocas prohibiciones, muy limitadas y definidas restricciones. Más allá de esas pocas restricciones, todo vale. Su Majestad nos ofrece una vista inmejorable de esa poderosa lección.

¹ Varela, F., Thompson, E., & Rosch, E. (1992). *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*. Barcelona: Gedisa.



■ Dragones bajo el mar

El terremoto de 1979 en El Charco, Nariño

Mayo 3, 2015

(De oídas 1: relatos basados en conversaciones casuales con personas)
Bogotá, 23 de octubre de 2014 y Cali, 28 de abril de 2015.

Esperando en el flamante recién inaugurado aeropuerto El Dorado, Bogotá, me puse a conversar con un hombre de unos cincuenta años. Lucía un traje sastre impecable, café tabaco. La tela de rayas verticales negras y grisáceas, los lustrosos ojales para mancornas (¿todavía alguien usa mancornas?) y los zapatos encerados y limpios eran los signos distintivos del funcionario público o del ejecutivo maduro que ha venido de lejos a Bogotá, por un día o dos, a reuniones

de trabajo. La piel cobriza y el trato amable desde el primer saludo, revelan parte de su historia. Saluda con alegría. Sin duda, no vive en Bogotá y ha venido a la capital a alguna de esas reuniones importantes que obligan al afuerino a sacar del clóset el traje serio que, en el fondo, detesta. Lo imagino lidiando con la prepotencia de los funcionarios o ejecutivos bogotanos y esos pequeños gestos del capitalino dirigidos a poner en su sitio al visitante, a enseñarle que ellos sí, y él no, encarnan de manera natural el modo y buen gusto del que domina la ciudad y conoce sus reglas. Después del round, de las reuniones, de

las tretas para hacerte sentir que esta no es tu casa y este no es tu lugar, este hombre está en el aeropuerto camino a su hogar. En la mano, una enorme bolsa de papel de alguna tienda de marca (¿Fallabela?) con regalos. A juzgar por los dos botones desabrochados en la parte superior del traje, un poco antes del cuello, el hombre —ya más relajado— se habrá deshecho en el taxi que lo traía al aeropuerto de la corbata que lo ahorcaba. Por eso la risa presta y amable del que ha pasado la prueba, se ha quitado de encima un peso y por fin se siente cómodo. Tiene la dentadura perfecta de quien, de niño, se cepilló con bicarbonato de sodio y comió abundante pescado. «Yo soy del Charco, Nariño, y voy para allá», me aclara, y comenzamos a conversar mientras permanecemos en la sala de espera para abordar un vuelo que ya lleva 20 minutos de atraso.

Este es un trozo de su historia

Me cuenta que tenía 12 años y vivía en El Charco cuando el terremoto y posterior maremoto del 12 de diciembre de 1979 se cobró 450 vidas mal contadas y poco más de mil heridos en la costa pacífica colombiana. Cien de los 450 muertos eran de El Charco. También casi la mitad de los heridos. Tras el desastre, lo que hasta entonces había sido una migración graneada de charqueños hacia Buenaventura y Cali, se convirtió en éxodo puro y duro pues la mitad de las viviendas del municipio se desplomaron ese día miércoles con el primer remezón, a las 2:59 de la mañana. Esos 8.1 Mw le dejaron a este país, además de los muertos y heridos, el primer sistema de alertas tempranas para evitar que otro desastre similar terminara merendándose un

millar de vidas o más en el futuro. Un estudio realizado por el Ministerio de Salud dos años después de la tragedia reveló que el sistema sanitario en El Charco y en Tumaco no estaba preparado para enfrentar este tipo de catástrofes. «No había un plan de desastres». Según el informe, la mitad de los lesionados jamás recibió atención médica alguna, y entre los que sí fueron atendidos el 25 % fue asistido por algún curandero local, y solo la mitad por personal médico.

La noche del martes habían estado él y sus compañeros de estudio preparando el decorado del salón para las celebraciones de diciembre. Su maestra orientaba las labores, y el modesto salón se fue engalanando hasta colorearse por completo maldisimulando la desgastada infraestructura educativa y pública de nuestras escuelitas. Detrás de los adornos de colores y el elaborado embellecimiento del salón quedaban dos o tres mapas maltrechos, la infaltable cruz encima del tablero verde y descascarado, unos pocos libros en los estantes apolillados de la biblioteca, los restos de un sistema solar de icopor en



El Charco, Nariño.
Fotografía por Kevin Contreras,
publicada el 6 de diciembre de 2014.

que el Sol y la Tierra apenas diferían de tamaño, y un par de pilas de cuadernos monocromos verde oliva, la mayoría a rayas horizontales, grapados y medio deshojados dispuestos sobre la mesa de la maestra. Estuvieron hasta pasada la media noche y vieron satisfechos su obra rica en motivos navideños y festivos. Luego de terminar, cada uno se fue a su casa tanteando un caminito reblandecido y a medio iluminar, porque en El Charco había energía eléctrica unas pocas horas al día. Aún hoy, con doce calles y cuatro carreras dispuestas en paralelo a lo largo del enorme río Tapa-je, la luz eléctrica sigue siendo más bien tembleque e irregular.

El primer sacudón sepultó una decena de edificios de tres y cuatro pisos construidos en cemento, y las aguas del río se mecieron tensas. Me dice que en ese entonces El Charco era un municipio humilde con alguno que otro negocio próspero. El día de mercado se agrupaban cientos de chalupas y potrillos cargados de pescado, plátano y mercaderías para vender y comprar, y un hervidero de hombres, mujeres y niños bullangueros

se arrumaba alrededor del muelle para negociar. Portocarrero, el apellido de mi compañero de viaje y narrador, me dice que era bello ver tantos productos traídos de los ríos reunidos allí, en ese único rincón colorido, alborotado y ruidoso. Todo se vendía y todo se compraba. Los negocios de oro, los cultivos, la pesca, el comercio, el tráfico de puertos, los empleos públicos —incluidos los docentes asalariados— hacían que el dinero circulara y, de a poco, fue cuajando en edificios de tres o cuatro plantas, en casas de material o cemento, en motores fuera de borda y en negocios como el del papá de Portocarrero, una tienda bien abastecida de gaseosas, cervezas, pescado seco, harina y confites. «Mi papá era muy previsivo: siempre conservaba pescado seco y latas de agua lluvia, por si las moscas».

Cuando le pregunto por qué era tan previsivo *su viejo*, me cuenta una historia que enlaza sin más con la que viene narrando.

En los pueblos del pacífico colombiano los mayores hablan de la famosa *Visita*. La *Visita* es el nombre popular con



Fotografía por Yineth Romero, publicada en enero de 2014.



Malecón de El Charco sobre el río Tapaje. (Fotografía sin autor ni fecha referidos).

que las personas del litoral designan al terremoto y posterior maremoto de 1906. Miércoles 22 de agosto de 1906 para ser exactos. (Los malditos sacudones parecen preferir los miércoles). La bisabuela de Portocarrero, la mamá de la mamá del papá de Portocarrero, era una niña en El Charco cuando sintieron un sacudón que silenció las aguas y por un instante las secó. Varios, asombrados, se treparon a las canoas temiendo lo peor. Un alemán tomó un catalejo y caminó montaña arriba para avistar a lo lejos, y en la distancia advirtió la masa de agua que comenzaba a desplazarse hacia las costas. Todo el que pudo oír sus gritos de alarma consiguió huir hacia adentro, alejándose de las aguas. La mamá de la mamá del papá de Portocarrero era una niña cuando atendió la alarma y corrió con él, pero antes de poder resguardarse sintió que un brazo de agua la elevaba cuatro metros y la sacudía sin piedad hasta perder el sentido. Cuando abrió los ojos se descubrió trepada en lo alto de un árbol y vio que alrededor solo quedaba la devastación del maremoto que se llevó a centenares. Entonces esta sobreviviente niña se hizo adolescente y luego adulta y tuvo hijos y nietos a los que instruyó sobre la *Visita*. Y esos instruyeron a su vez a sus hijos que instruyeron a sus hijos sobre los riesgos de maremoto luego de temblores fuertes y terremotos. El papá de Portocarrero sabía la historia, y en atención al horror de 1906 se hizo, siendo adulto, a provisiones regulares de agua y pescado seco. También supo arreglárselas para construir la segunda planta de la casa en madera cuidando de aislarla de la primera de cemento, y separándola de

la enorme y pesada casa vecina que podría colapsar y sepultarlos en caso de terremoto. Sumó a las provisiones y provisiones una linterna, un radio de pilas y alcohol para heridas. Aunque largo, el listado del previsivo Portocarrero senior era precario. El estándar actual exige diez veces más objetos. Un galón de agua por persona y un set de purificación de agua por si se requiriera más. Botiquín de primeros auxilios. Extinguidor de fuego. Comida para tres días. Abrelatas. Linternas. Radio. Pilas de repuesto y mantas. Medicamentos. Artículos para bebé. Juego de llaves para el carro. Guantes. Un hacha. Una pala. Un cuchillo, destornillador, alicata y martillo. Llave de ajuste para desactivar el gas y el agua. Cuerda. Velas y fósforos. Luz de bengala. Ropa extra, papel y bolígrafos. Cinta plástica y adhesiva. Una pistola de grapas cerca en caso de que necesites cubrir las ventanas rotas. Bolsas de basura, botes de basura, jabón, champú, pasta dental y cepillos de dientes, papel higiénico, hipoclorito y productos de higiene femenina. Estufa de camping con propano u otro combustible, papel de aluminio, toallas de papel, platos desechables y utensilios plásticos. ¡Ah! y un silbato.

Bueno, pero el listado de un tendero en El Charco no tiene que parecerse al del National Earthquake Hazard Reduction Program (NEHRP) de Estados Unidos donde los residentes tienen que prever en cuál de los autos aparcados en el garaje huir, hacia qué tipo de refugio dirigirse y cuántas latas de comida para gatos reservar, pues también hay que proteger el destino de los animales domésticos sobrevivientes. Lo extraordinario es que ni el listado del NEHRP

ni el de Portocarrero senior incluía la pieza que resultó crucial y decisiva en sus vidas.

El sacudón de la madrugada los agarró a medio dormir y Portocarrero fue uno de los primeros en salir de la casa y advertir los destrozos en un paisaje oscuro y mal iluminado todavía. «Tengo grabado ese día en mi mente, cada detalle. Yo no he podido entender bien por qué a lo lejos se veía una luz roja, enorme, parecida al sol del final de la tarde, pero no era el sol», me dice. Como pudo salvó a su padre que se había quedado atrapado tras una puerta trancada. Y entonces recordó que tenían un mazo hecho de hierro sólido y mango de mangle que les serviría para abrirse paso entre los escombros y rescatar a las personas atrapadas. Se lo dijo al viejo. Los quejidos de los sepultados venían de todos lados y era urgente hacer algo. Él, más joven y hábil, entró a buscar el mazo y unos minutos después nuestro Thor adolescente consiguió salir de la casa maltrecha arrastrándose para reunirse de nuevo con su padre. Su madre y sus hermanos (una hermana mayor que él y dos hermanos menores) lloraban desconsolados y desorientados, quietecitos y clavados de miedo en mitad de la oscuridad y sin saber qué hacer. Habían escapado de la casa después que él y antes de su padre.

Con el mazo, padre e hijo empezaron a devastar los escombros y lo primero que rescataron fue un perro. Se trataba de una fiera enorme que cuidaba el convento. Los niños le temían a ese perro babeante que había mordido a varios, y preferían pasar por la otra acera. Pero ahora minado por el terremoto esperaba dócil el rescate, y en cuanto se

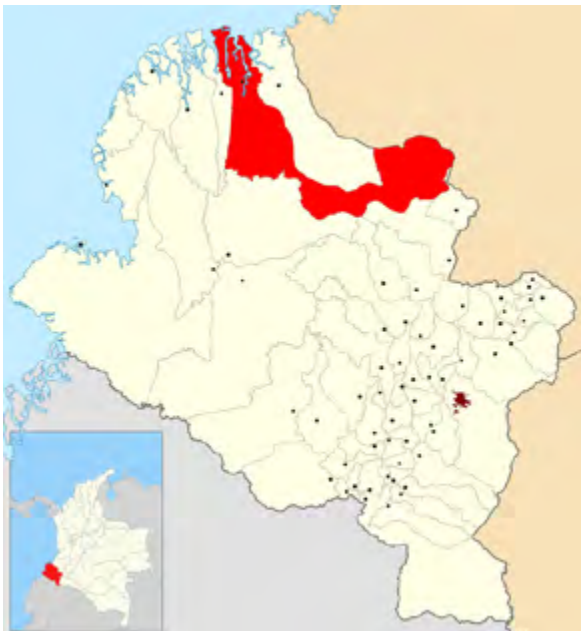
encontró libre corrió a olfatear y bajo los escombros detectó a otro perro que también rescataron. «Usted no me va a creer, pero el segundo perro salió como una flecha a buscar a una mujer enterrada que ni se quejaba. Gracias a ese perro conseguimos localizarla, sacarla y salvarla». Desde ese momento comenzaron una agotadora labor de salvamento usando el mazo. Rescataron entre treinta y cuarenta personas esa madrugada.

Pero en medio de los rescates, el dolor. «Fue terrible ver los muertos, los que quedaron sepultados sin enterarse de nada. Primero vi a muchos de mis compañeros de colegio, algunos de los que habían estado conmigo en la noche decorando el salón. Y no había manera de llorar porque debíamos continuar salvando a los que podíamos», me dice y a mí se me salen par lagrimones. (Cuando uno es madre o padre le conmueven aún más los niños muertos porque son —de alguna manera— la prolongación de los hijos propios. Ser padre te emparenta afectivamente, en este tipo de situaciones y de una forma muy poderosa, con otros hombres y mujeres que son padres).

A todas estas, la mamá de Portocarrero seguía impasible y atiesada abrazando a sus hijos que lloraban desconsolados, mientras, mazo en mano, el esposo y el hijo de doce años continuaban con los rescates. Algunos cadáveres ya infestaban las aguas del río Tapaje haciéndolas impotables. Debajo del recodo en que se amarraban los potrillos y canoas en el mercado se iban juntando los muertos que descendían por el río, y cuando la mañana clareó vio a varios hombres y mujeres sumergidos —los ojos bien

abiertos— bajo las aguas medio turbias. Todo era silencio y desconsuelo. Los 450 muertos de 1979 murieron ahogados, no destripados. A 200 de los 276 muertos registrados oficialmente por el Ministerio de Salud los mataron las aguas del maremoto y el resto falleció por traumatismos o fracturas asociados al terremoto. Muchos de los que sobrevivieron murieron pocas horas después esperando ayudas y medicinas sencillas que nunca llegaron.

Los sobrevivientes estaban sentados e impotentes, los brazos caído, aletados por completo, me dice Portocarrero. «Nadie quería hacer nada, nadie quería cocinar ni moverse; nadie quería hacer algo para sobrevivir». Un poco como si los muertos de afuera se les hubieran metido dentro a los sobrevivientes. «Parecían zombies».



Localización de El Charco, Nariño.
 Imagen tomada de «Colombia - Nariño - El Charco»
 de Shadowxfox - Trabajo propio.
 Disponible bajo la licencia CC BY-SA 3.0 vía
 Wikimedia Commons.

Por fortuna don José Luis Portocarrero, creo que así se llamaba el padre, recordó los depósitos de agua dulce en reserva, el pescado salado, las cervezas y gaseosas, y comenzó a distribuirlos entre decenas de personas en shock que, quizás, hubieran preferido morir a tener que lidiar con lo que se venía. «Varios se murieron horas después, más de tristeza que por las heridas».

La escala Richter o escala de magnitud local (ML) tiene un rango que va de 2 a 6,9, y de cero a 400 kilómetros de profundidad. Los terremotos mayores a 6,9 se miden en una escala con nombre y apellido largo: *escala sismológica de magnitud de momento (Mw)*. Esta reemplazó a la Richter por obsoleta y corta. La Richter estaba basada en un sismómetro de torsión de la década de 1930 —el Wood-Anderson—, que no permitía calcular registros mayores a 6,8. La escala sismológica de magnitud de momento (Mw) va de 7,0 a 10 y más. En la escala ML o Richter, durante un sismo de 2 grados no percibimos nada. De 2,0 a 2,9 difícilmente se menea un vaso o cae un tenedor al piso. De 3,0 a 3,9, sentimos el meneo como un breve aleteo de mariposas en el estómago, y dudamos: ¿está temblando o me lo estoy imaginando? De 4,0 a 4,9 grados los cuartos tiemblan y se escucha una tromba de caballos correr bajo tierra. De 5,0 a 5,9 se vienen abajo las casas maltrechas y los cuadros mal clavados, aunque en ocasiones estos sacudones sepultan ciudades centenarias como Popayán en 1983. De 6,0 a 6,9 algunas poblaciones pueden desaparecer en 160 kilómetros a la redonda del epicentro como ocurrió con Armenia en 1999. Luego vienen los sismos de grandes magnitudes o en

escala Mw. De 7,0 a 7,9 el desastre se extiende varios cientos de kilómetros más allá del epicentro. De 8,0 a 8,9 el paisaje se puebla de muertos, casas destruidas y mares embravecidos como en El Charco hace 25 años (8,1 Mw) o se transforman en una herida mítica en la memoria de la gente que decide darle un nombre mágico para conjurar los temores. El maremoto de 1906 en las costas del pacífico en Ecuador y Colombia, llamado *la Visita*, se desató algunos minutos después de un sismo de 8,8 Mw, equivalente a 70 millones de bombas nucleares estallando juntitas bajo tierra. De 9,0 a 9,5 el cielo se cae, las mares se tragan ciudades, y nos recuerdan que nuestras magníficas construcciones, búnkeres y murallas blindadas son papelillo endeble y celofán para las fuerzas de la naturaleza: pudimos verlo durante el terremoto y tsunami de 2004 en el océano Índico (Sumatra e Indonesia), escala 9,3 Mw, o en el de Japón en 2011 (9,0 Mw). Las aguas arrastraron como basura y confetis decenas de barcos, casas, autos y enormes astilleros. De 9,5 Mw ha

sido el mayor terremoto registrado por sismógrafos y sismómetros en la Tierra: fue un domingo 22 de mayo de 1960 en Valdivia (Chile). 2 mil muertos.

Pero la escala no se detiene allí. Un meteorito extraviado de 2 mil metros de diámetro y a una velocidad de 90 mil kilómetros por hora provocaría un sismo escala 10 Mw. ¡Bye bye, una parte importante del planeta! A escala 12 Mw, es decir, un millón de millones de toneladas de TNT, la Tierra casi se puede partir por el centro. A 13 Mw, un cataclismo machaca a los dinosaurios y expulsa a los seres humanos del paraíso. A 25 Mw, algo así como la colisión de un pequeño planeta contra otro, se desprende un trozo tan grande como nuestra única luna y se produce la extinción casi completa de la vida en el planeta. A 32 Mw, que es el estremecimiento que produce el estallido de una estrella, todo nuestro sistema solar queda achicharrado y los casi 5 mil millones de años de la Tierra serán una anécdota menor, una notita de línea y media al final de infinito libro cósmico.



Imágenes del Terremoto de 1979. Tumaco.
Tomado de <https://bit.ly/3hoe1w9>



Terremoto de Valdivia y Tsunami, 1960.
Por «Hilo after Tsunami 1960» de US Navy.
Disponible bajo la licencia Dominio público vía
Wikimedia Commons.

Pero no es necesario que un terremoto sea intenso para que resulte devastador. Y el de El Charco es un ejemplo. Portocarrero senior no podía creer lo que escuchaba en la radio de pilas: las noticias decían que El Charco había desaparecido por completo, que no quedaba nada de San Juan de la Costa, que las poblaciones de Iscuandé, Curval, Timití y Mulatos estaban muy afectadas, y que las aguas lo habían sepultado todo. El mar se movió 45 kilómetros costa adentro. «Esas noticias retrasaron las labores de rescate. ¿Quién iba a venir a atender una tendalada de muertos?», me dice. Estaban agotados el segundo día de martillar y levantar lozas. A la pestilencia y la impotencia se sumaba la conciencia de abandono. No vendría nadie a ayudarlos. Estaban solos. Los sobrevivientes gritaban de miedo ante cada nueva réplica. «En esos días, nadie tenía el concepto de réplicas y cada nuevo movimiento nos parecía un terremoto». Hubo al menos 10 nuevos temblores. Y para agravar las cosas, empezó una resolana que duró varios días seguidos. No llovió. La tierra se resquebrajaba de la resequedad.



Foto aérea, El Charco, Nariño, 2017.
Tomado de <https://bit.ly/3oGmadO>

Y si las aguas mataron a cientos, el sol infernal amenazaba con hacer el resto. «Quemaba», me dice.

Portocarrero no me cuenta nada del racismo charqueño, no me confiesa cómo persistía aún en esos días la vergonzosa herencia del sistema colonial de castas raciales que distinguió por siglos entre menos negros y más negros, entre mulatos claros y más oscuros, entre cuarterones y moriscos, entre mulatos y saltoatrás, entre castizos y lobos, y jíbaros, y zambiagos, y tentenelaire, y albarazados. Allí, en El Charco, donde no había más que una multitud de niñas, niños y adultos, unos más pobres que otros, unos más llenos de ínfulas que otros, existía antes del terremoto del 79 un barrio en el que solo residían negros. Ahora, igualados por la devastación, todos los sobrevivientes —los negros claros, los más oscuros, los zambos, los blancos charqueños que a los bogotanos les parecen negros, en fin la variada gama de sobrevivientes de pieles, formas de pelo, tono de ojos y apariencia multicolor— no eran más que gente abandonada a su suerte y abatidos.

Portocarrero senior entendió que no los rescatarían y una semana después decidieron irse río arriba a la finca de la familia. Allí, al menos la resolana los dejaría tranquilos y podrían comer de los pequeños cultivos. Tendrían una casita donde guarecerse.

Pasaron casi quince días para que un barco pequeño capitaneado por uno de los tíos del joven Thor llegara al pueblo. Venía a recoger los cadáveres y cuando descubrió que los muertos estaban vivos casi lloró de alegría: no podía creerlo.

Y finalmente me cuenta dos cosas más: *la mona*, así bautizó a su mazo

milagroso, desapareció para siempre en los días de la tragedia; y varios años después El Charco sufrió un incendio, justo cuando él recién había regresado a su pueblo después de graduarse profesionalmente. En esa ocasión le tocó improvisarse como bombero. Portocarrero —que heredó la vena previsor de su padre— había adaptado una pequeña central de energía hecha con paneles solares que le permitía iluminar su casa toda la noche cuando el resto del pueblo solo disfrutaba de cuatro horas de luz al día. Durante el incendio debió conectar su central eléctrica a la motobomba del pueblo, instalada en el hospital, para surtir el agua necesaria para sofocar el fuego. Un negociante *paisa* les entregó a las personas decenas de baldes para enfrentar las llamas. Nunca volvió a recuperarlos. «Se los robaron, ¿puede creerlo?». Portocarrero recuerda que una señora parecía feliz viendo el fuego agitarse. Decía que el incendio era bueno porque estaba quemando el barrio de los más pudientes: «así todos quedamos iguales». Pero luego el viento cambió de dirección y el incendio se extendió hacia los barrios pobres también, dejando a los ricos un poco más pobres, y los pobres, más pobres aún.

El pueblo que sobrevivió a La Visita de 1906 (8,8 Mw), a un terremoto en 1942 (7,8 Mw), a un incendio arrasador en 1953, a otro terremoto en 1958 (7,7 Mw), a uno más en 1979, y a masivos desplazamientos por la guerra en 2007 y 2010, hoy tiene 28 mil habitantes. Y el 16 de octubre de 2016 cumple 130 años.

George Pararas-Carayannis, experto de la Tsunami Society International, destacada en Honolulu, Hawaii, USA, y autor en 2001 del libro *The Big One*

(El Gigante): *The Next Great California Earthquake* (El próximo gran terremoto de California), *Why, Where and When, It Will Happen* (Por qué, dónde y cuándo ocurrirá), dice que no pasan más de 36 años entre un terremoto y otro en el litoral pacífico colomboecuadoriano. Y la tatarabuela de Portocarrero lo sabía. Y lo saben los charqueños que ya en noviembre 23 de 1979 habían sentido un temblor (6,7 en la escala de Richter), la cuota inicial del terremoto del 12 de diciembre. Pararas insiste en que esta es una zona altamente tsunamigénica debido a las poderosas placas y cordilleras submarinas. Habitados a pensar en las cordilleras visibles, olvidamos las montañas sumergidas, auténticos dragones dormidos que se sacuden perezosamente de cuando en cuando bajo el mar. En un documento de 22 páginas, llenas de términos técnicos, mediciones y gráficos que no entiendo, Pararas-Carayannis describe a la máquina tsunamigénica, a nuestro, por ahora, amodorrado nido de dragones. Habla de la deformación y subducción de la litosfera en la cordillera Carnegie cerca del golfo de Guayaquil-Tumbes. Subducción quiere decir



El Charco, Nariño.
(Fotografía sin autor ni fecha referidos).

que una placa comienza a empujar y penetrar por debajo a otra desplazándola. Habla de la placa de Nazca, de la cordillera de Cocos, de la Zona de Fractura de la Mendana, de la zona de Fractura de la Grijalva y de la cordillera de Malpelo. He ahí la cola, lomo, fauces y lengua de estos dragones milenarios, tumbados bocarriba y estirándose con pereza.

Y Pararas concluye con las siguientes palabras, usando el lenguaje cauto y frío de la ciencia, que los políticos y burócratas de la prevención prefieren ignorar y que la gente del litoral comprende bien:

Tumaco se encuentra en un banco de arena en una isla costera con elevación máxima de 3 metros sobre

el nivel del mar. Si el tsunami es de 5 metros de altura, como el de 1906 y se produce una marea alta, toda la ciudad se inundará por completo. Dado que la densidad de población ha aumentado considerablemente a lo largo de las zonas costeras de Ecuador y Colombia, el número de muertos será grande. Por ejemplo, la población de Tumaco en 1979 era de alrededor de 80.000 personas. Actualmente, la población ha aumentado a 120,000.

Algo parecido le cabe a El Charco. Portocarrero senior lo entiende perfectamente. Y lo grave es que Thor perdió su mazo en el terremoto del 79, hace 36 años.